



Alquería del Pino. El pocito.

LA CIUDAD QUE CRECE Y LA ALQUERIA QUE MUERE

Por ALFREDO BAESCHLIN

Antes estaba la ciudad limitada por el pétreo cinturón de sus murallas, que la verde huerta lamía como lamen las olas los acantilados cortados a pique.

Pero la ciudad crecía, y llegó a no haber dentro del recinto trazado. Rompió el estrecho abrazo de sus murallas y comenzó a invadir la huerta. Como tentáculos salían las prolongaciones de las calles hacia el campo, convirtiendo en solares lo que antes era tierra fértil y de pan llevar. Y se alzaban casas altas, verdaderas colmenas humanas, como posiciones avanzadas de la conquista de la ciudad.

Antes aisladas en medio de la paz de la huerta, las bellas alquerías viéronse de repente englobadas en los barrios nuevos, que surgían rápidos, pujantes. Caían sacrificadas algunas, por cierto no las menos pintorescas, por estorbar el

trazado cruel y rectilíneo de calles proyectadas "sobre el tablero".

Implacablemente prosigue Valencia su ensanche, tragándose pueblos enteros, sustituyendo por el adoquinado de la red de calles nuevas los pintorescos senderos de la huerta, aprisionando entre altos edificios algunas humildes barracas que no quisieron ceder, conservando un trocito de tierra de cultivo grande como un pañuelo...

¡Tragedias que causa la ciudad que crece!

En la huerta, término de Burjasot, muy cerca ya del avance amenazador de la urbe, se alza un pino, enorme, solitario, y a la vera de este árbol, varias veces centenario, la alquería que lleva su nombre, vetusta, desconchada, vencida y amenazando ruina. Tal vez caiga antes de ver su campo invadido.

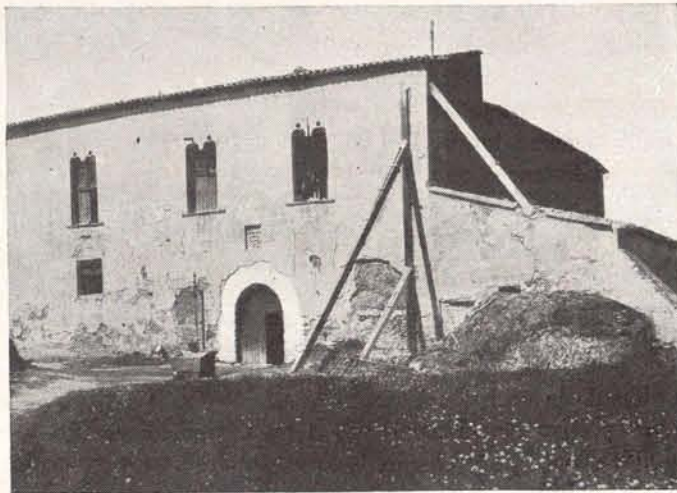
Por cierto, es una de las más bellas y típicas casas rurales de la región valenciana, y su escudo de armas, que orgullosamente campa encima de la puerta adovelada, pregonaba un ilustre abolengo.

Tostadas del sol de varios siglos, las fachadas de la alquería del Pino muestran, bajo la luz cruda de Levante, las señales, harto visibles, de su vejez.

Aunque no estuvieran los puntales que se colocaron para prolongar su vida, las grietas profundas que serpentean por sus fachadas señalarían el estado preagónico.

Tiene la alquería del Pino un zaguán del más bello efecto, con paredes pulcramente encaladas y un techo de vigas policromadas. En el piso de este zaguán perdura una tradición romana: la colocación de los ladrillos de canto en forma de espiga, el "opus spicati", del que ya nos habla Vitruvio.

Un pocito, con su palomilla forjada por manos lugareñas, muestra su bien labrado brocal de piedra sillar. Cuando desaparezca la alquería, deseo para este lindo pocito un



Alquería del Pino.

asilo en algún jardín particular... Cuando muera la alquería...

Por una parte, ¡cuánto nos alegramos del constante crecimiento de la ciudad! Pero ¡qué pena que, por su culpa, tengan que desaparecer, morir, tantas cosas bellas!

Soy del parecer que muchas de ellas se podrían salvar. ¿Cómo? Esto ya es harina de otro costal.

Mientras, la ciudad crece y la alquería muere.

JUICIOS DE LA PRENSA

De "El Adelanto", de Salamanca. 6-III-935.

Victor de la Serna, como director, y Eduardo Blanco-Amor, como redactor-jefe, están consiguiendo hacer una gran revista. Van ya por el número 12, y cada semana gana en interés y amenidad. Una revista para gran público, sin perder por ello la prestancia y el empaque literario y gráfico que dos escritores como Victor de la Serna y Eduardo Blanco-Amor estaban obligados a demostrar en una obra salida de sus manos.

Su último número dedica las páginas centrales a Salamanca. Reproduce dos «fotos» de Pepe Suárez—la ya famosa de D Miguel en la Flecha y una vista de la ciudad—con el canto de Unamuno a Salamanca, y un certero comentario a la significación intelectual del maestro. En una revista de la difusión de CIUDAD—con una nutrida y excelente colaboración, magníficamente presentada y barata, además—, el nombre de Salamanca, de tal manera evocado, puede servir de acicate para que la gente española nos visite.

Y bien generosamente, por cierto, está hecho el reclamo. No por gratitud, sino en justicia, hacemos nosotros el de CIUDAD, magnífica revista que leemos con gusto, con verdadero placer, y que está botada para largas singladuras.



Cuando los salvajes aprenden

Por ARTHUR J. DURNFORD

La desaparición de un joven británico, de nombre Teodoro Powys, ocurrida hace tres años, provocó gran alarma en Nairobi, sobre todo porque su cuerpo fué hallado poco después completamente destrozado, hecho que dió motivo para que se le supusiera víctima del ataque de un león. Iniciadas las correspondientes averiguaciones, una nueva circunstancia prestó al acontecimiento caracteres realmente siniestros: un testigo declaró haberse encontrado en ese tiempo con un grupo de indígenas, a quienes en el primer momento creyó cazadores, y uno de los cuales llevaba una cabeza humana.

Una nueva investigación acaba de demostrar que el citado Powys había sido ultimado y sacrificado en cumplimiento de un rito especial de los guerreros de Samburn. Un hombre había caído en manos de la autoridad, y se seguía la pista de otros cuatro.

Los indígenas australianos han cometido varios actos semejantes en estos últimos años, y tales hechos no son considerados como delitos, de acuerdo con su mentalidad. Alegan a su favor que los pescadores de perlas, especialmente los de origen japonés, no los tratan con las debidas consideraciones, y tres de los individuos acusados de haber dado muerte a aquéllos se trasladaron voluntariamente a Port Darwin para entregarse a los jueces australianos, convencidos de que los magistrados comprenderían la injusticia recibida.

Nueva Guinea es uno de los pocos lugares del mundo donde la raza blanca no ha podido introducirse con entera libertad. Allí, numerosas tribus que forman una población de 100.000 personas, habitan las tierras auríferas del Edie Creek, y, despreocupadas de la marcha del tiempo, viven en un estado de salvajismo primitivo, equivalente a la época neolítica del hemisferio Norte. Utilizan hachas y flechas de piedra, y poseen algunas nociones de agricultura, a juzgar por sus viviendas, rodeadas de vastas y bien cuidadas plantaciones.

Algunos detalles de los pueblos primitivos en contacto con la civilización occidental resultan interesantes y nos muestran el provecho extraído de la nueva cultura que se les ofrece. El eufemismo «dar vuelta a la esquina», utilizado por los británicos para significar su deseo de beber un poco de vino, lo hallamos también en la Costa de Oro con la palabra «Akpeteshi», nombre de una bebida muy fuerte.

La planta utilizada para elaborar esa bebida prueba que el indígena sabe adaptar el material que la civilización pone en sus manos, o sea el jugo de la palma y otras sustancias destiladas en aparatos rudimentarios, consistentes en un par de latas de petróleo unidas por una espiral de tubos de cobre.

Un colono de lejanas tierras de África Oriental experimentó gran sorpresa un día, y no dejó de alarmarse ante el avance de un grupo de indígenas armados; sus temores se desvanecieron cuando el director de la partida le enteró del objeto de su misión: traía el reloj del jefe de la tribu—un despertador común—para ponerlo a hora de acuerdo con la máquina del hombre blanco.

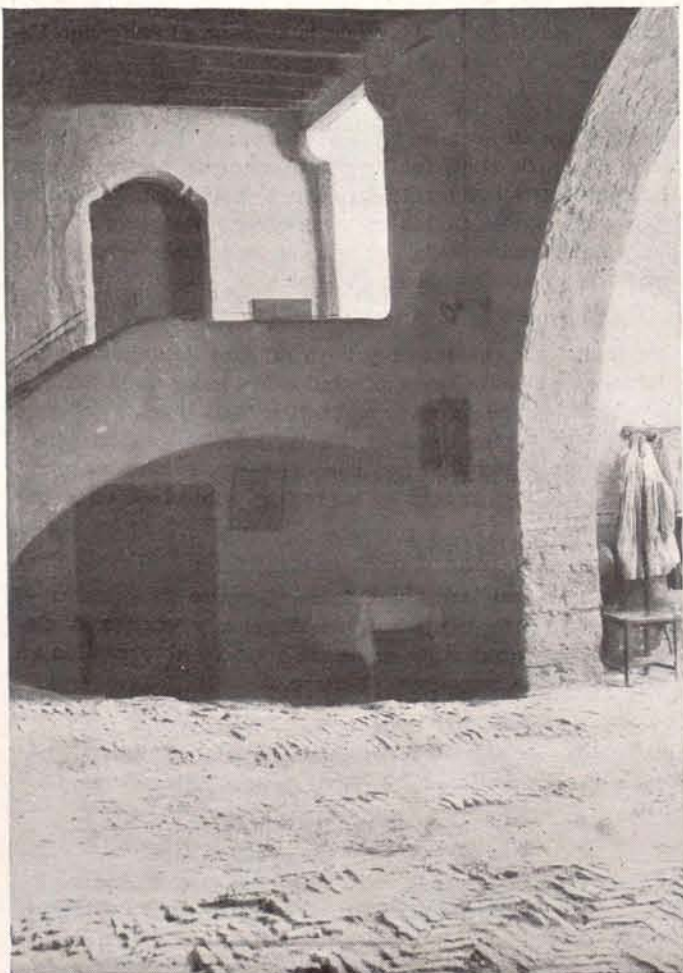
El encuentro con animales salvajes y la lucha contra los elementos naturales constituyen los peligros inevitables de todo viaje por tierras vírgenes, peligros, desde luego, factibles de salvar con escaso trabajo. Cuando algunos leones se acercaron al campamento de Martín Johnson con malas intenciones, la esposa de aquél, que a la sazón preparaba el almuerzo, resolvió la dificultad al arrojar una bolsa de harina en pleno rostro de una de las fieras.

Con motivo de esa misma expedición, varios indígenas enteramente incultos fueron invitados a volar en los «pájaros grandes», como llaman a los aeroplanos, y no mostraron el menor signo de pánico.

Los exploradores han hallado entre los pigmeos un deseo ardiente de aprender. Si los aeroplanos son pájaros—preguntaron aquellos hombres diminutos—, ¿con qué los alimentan?

Otro de ellos observó la imposibilidad de que fueran pájaros, porque no se posan sobre las ramas de los árboles.

Cada día que pasa, las razas primitivas se acercan más a los blancos. Los medios de comunicación, que destruyen las distancias, llevan al hombre negro al mundo de los blancos, cosa que, en cierto modo, le resulta una diversión.



Alquería del Pino. El zaguán.



SIGNOS VALDECILLAS

Las novillas del señor Cura

Por VICTOR DE LA SERNA

Exclusivas "Sagitario"

La profanación de las cenizas de don Ramón Pelayo, primero y último marqués de Valdecilla, ha servido para despertar en el fondo del alma española, adormecida en su sensibilidad por dolores continuos, un fustazo de indignación. El español tiene aún respeto a los muertos. Su sentido dramático y realista de la vida le impide aceptar para su uso el frío concepto luterano de la muerte. Por eso jamás implantará la incineración de los cadáveres ni desposeerá a los cementerios de su carácter sagrado. Y seguirá llamando "campo santo" al trozo de tierra donde ha de guardar los despojos carnales de los suyos.

Quiere el español, para su carne yerta y lívida, el calor vegetal de la tierra, la caricia de las raíces, el unguento tibio de los óleos resinosos que se nutren del sol y del agua mansa. Reposar en las entrañas de la misma tierra que da pan y aceite y vino; dormir cerca del surco que calienta la simiente, asegura, en cierto modo, la esperanza en la resurrección de la carne. Hay en este reposo un germen de resurrección vegetal.

Pero la bárbara profanación de los restos del prócer montañés ha servido para que plumas y palabras vuelvan a glosar la figura moral de aquel monstruo de generosidad humana, de comprensión y de humanidad que fué don Ramón Pelayo. Yo tuve ocasión de asistir muchas veces al espectáculo grandioso e impresionante de su generosidad desbordada.

Era don Ramón la viva estampa física del hidalgo nervudo, con la tez morena del aire libre y unos ojos aguileños, rasgados y chiquitos, de los que se dice que no lloraron nunca. Era tan corto de palabras como lar-

go de obras. Nunca le oí hablar un cuarto de hora seguido, salvo cuando contaba con su voz despaciosa y opaca los episodios de su niñez escolar. Entonces sí hablaba seguido; y le temblaba la voz cuando me refería cosas de su maestro, un sargento liberal, tuerto y bigotón, que empezaba su clase con una piadosa alusión a la muerte y una optimista y magnífica alusión a la vida. Porque el sargento empezaba así su clase:

—Un "pater noster" por las ánimas benditas.

Y después del "requiescat", se estiraba con gesto marcial su vieja guerrera de veterano y agregaba:

—Y ahora, muchachos, ¡Viva España!

Desde la orilla húmeda y salobre de un arenal, llorando de su ojo de cíclope, una mañana, cuando levaba anclas una fragata valiente con el joven Ramón Pelayo a bordo, rumbo a La Habana, el sargento, con una gran voz, un poco rota, había de gritarle por última vez:

—¡Ramonín! ¡Ramonín! ¡Viva España!

Cuando don Ramón Pelayo, millonario y marqués, preparaba su viaje final a la mar sin playas de la historia, aún contaba esto. ¡Y entonces sí, entonces sí lloraba aquel hombre que era un monstruo de generosidad!

1924. A la verja de "La Cabaña", donde pasaba sus últimos años el Marqués, llamó el cura de Sobremazas, que ocultaba bajo sus manteos un bulto. Era una jaula con unos mirlos silbadores, para regalárselos al viejo amigo. Don Ramón, que tanto daba y tan poco recibía, aceptó con un alborozo infantil el obsequio del sacerdote. Le invitó a comer, y después del almuerzo, du-

rante el cual el buen cura hizo equilibrios para guardar la etiqueta, el Marqués libertó al clérigo de aquella tortura y se lo llevó a pasear por la finca. Dieron en el establo, donde don Ramón cuidaba media docena de preciosos ejemplares vacunos. Había, sobre todo, dos novillas suizas, finas como dos porcelanas, lustrosas y limpias. El cura, aldeano y labrador, que había pasado frente a los ricos muebles, los cuadros y los tapices sin mayor asombro, se quedó embobado ante las dos novillas. Las miró, las acarició y prorrumpió desde el fondo de su alma beata y rústica:

—¡Me valga Dios, qué par de animalucos!

Continuaron su paseo y su charla. De cuando en cuando se hacían esos silencios blandos de las tardes norteanas, y al cura se le escapaba un suspiro obsesionado:

—¡Me valga Dios!

Se despidieron los dos amigos en una linde de la finca cuando ya atardecía. El cura se dirigió a su humilde rectoral de Sobremazas, y el Marqués, a su casa.

Le había quedado al clérigo la obsesión de las novillas. De pronto, tuvo que santiguarse para ahuyentar aquella tentación del "Malo". Por el mismo sendero, a buen paso, un hombre conducía dos novillas exactamente iguales a las del Marqués. El "Malo" no tenía entrañas y se había encarnado en la figura del vaquero de don Ramón Pelayo. Pero he aquí que el "Malo" prorrumpía en esta angélica salutación:

—Avenaría.

El cura volvió a santiguarse:

—Sin pecado... ¿Quién eres tú? ¿De quién son esas novillas?

—Estas novillas son del cura de Sobremazas.

—¡Vade retro, Satanás!

—Sí, señor. Son del cura de Sobremazas. Se las ha regalado el Marqués, y yo voy a llevárselas.

Aquella noche el cura durmió un largo sueño patriarcal, poblado de mugidos dulces, de silbos de mirlo, de rumores campesinos. De aquellos de los que dijo otro marqués, poeta, soldado y amador:

"Mayores dulzores
será a mi la brama
que oír ruisseños."

Cloque colores

última moda..	14	ptas. metro
Piel mate pointelle	11	-
Crep anny. . .	8,50	-
Crep arabesco.	7,50	-
Picrep mate. . .	5,25	-

Tejidos última novedad
en sedería para alta costura

GRANDES ALMACENES
Eleuterio
FUENCARRAL, 14



El año de la televisión

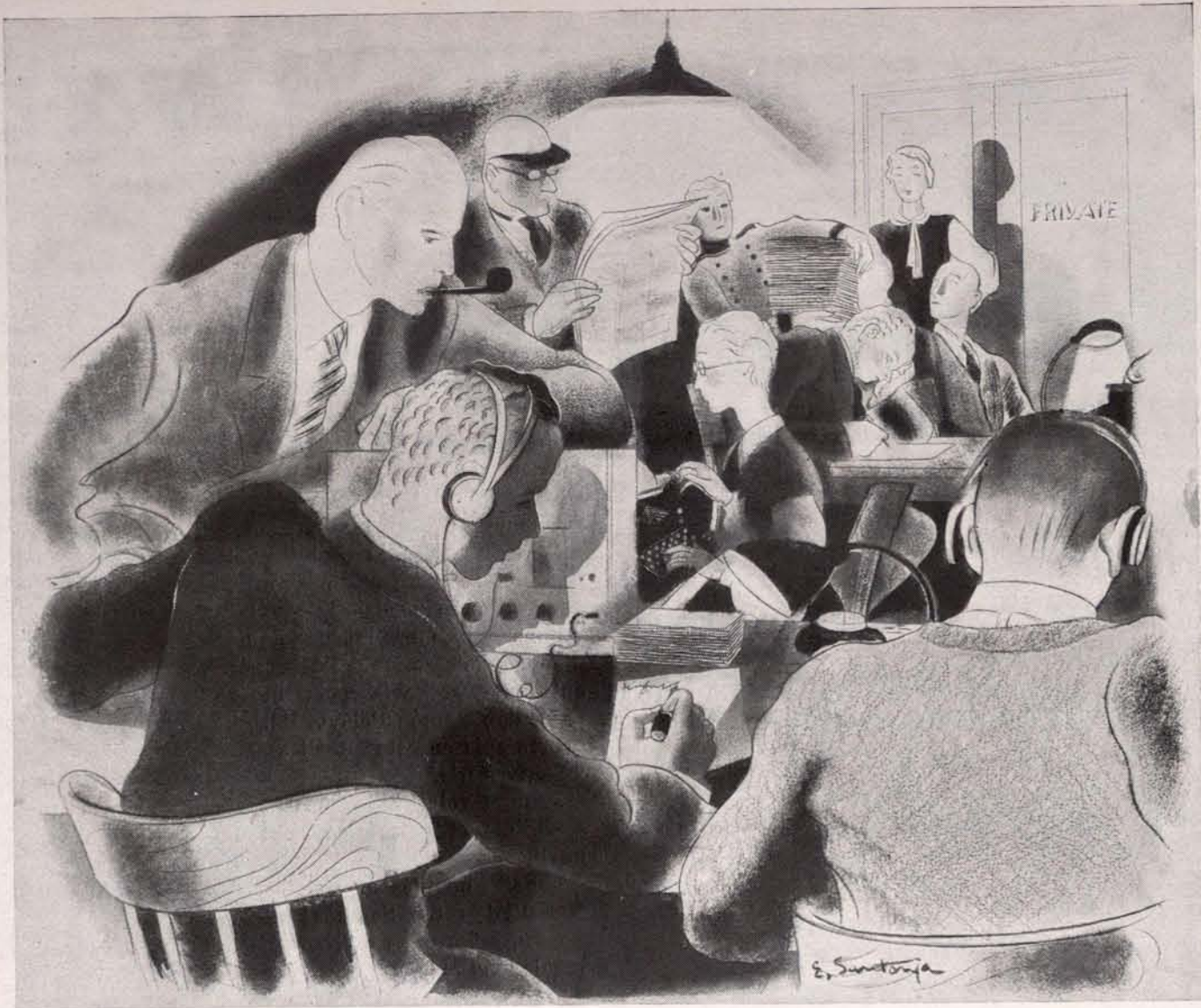
Desde el 18 de diciembre último, fecha en que se asistió por primera vez a una demostración de la televisión en ondas ultracortas emitidas por la estación Berlín-Witzleben, y en el curso de la cual se presentaron varios films cortos, actualidades deportivas y reportajes cinematográficos sonoros, los especialistas de la televisión han realizado nuevos progresos.

El transmisor de Berlín-Witzleben, cuyo radio es de 40 a 60 kilómetros, no cesará de funcionar, pero se le agregará una estación construida en el monte Brocken que, éste sí, tendrá un alcance de hasta 200 kilómetros, y que será, probablemente, un transmisor móvil.

La construcción de 25 transmisores regionales, como mínimum, está prevista para hacer el servicio de televisión en el territorio de Alemania.

"Sieben Tage", Berlín.





LA GRAN NOTICIA

Un episodio muy humano que aconteció en Fleet Street, de Londres, la calle de los grandes rotativos

Por HANNEN SWAFFER

ILUSTRACION DE SANTONJA

Era su primer día de periodismo.

¿Saldría airoso de la prueba?

El joven mostrábase confiado.

Fleet Street, la calle de los grandes rotativos, siente terror de todos, excepto de los reporteros dedicados a las informaciones criminales, a quienes, por cierto, suele temer la Policía en muchas ocasiones, por entrometidos.

Y resulta un misterio cómo las noticias llegan a los diarios, de dónde proceden y quiénes las traen.

Pero esto no le preocupaba a Williamson. Cosas del oficio. ¿Podría desempeñar su puesto?

Llevaba tres meses desocupado e iba a tener un hijito. Naturalmente, no pudo economizar gran cosa habiendo ganado dos libras y media por semana.

Cierto. El «baby» no tardaría en presentarse. A cualquier hora aparecería en su modesto hogar, según la madre anunciaba. Una mujer extraña, una «nurse», ya se hallaba instalada en la casa.

Durante semanas había gastado las suelas de sus zapatos, caminando de un lado a otro en busca de empleo y, al fin, dió con la oportunidad, precisamente cuando ya no abrigaba mayores esperanzas.

Hubo de someterse a prueba como telefonista de rápida y clara escritura en el diario «El Vocero»: un trabajo nocturno y cuatro libras a la semana. Su esposa no quería saber nada, porque ese empleo significaba quedarse ella sola todas las noches en aquel barrio de Streatham, donde vivían.

—Tendremos un hijo muy pronto—le argumentaba—, muy pronto, acaso esta misma noche, mientras estás trabajando.

Por otra parte, resulta muy difícil el acceso a los edificios de Fleet Street para los solicitantes de empleo. Nunca se penetra por aquellos portales sin ser examinado, interrogado y dificultado antes de pasar adelante. Porteros y encargados inflexibles detienen al desconocido, como si pretendiesen detener las informaciones a las puertas de aquellas mismas oficinas. Y lo sorprendente es que las noticias llegan sin que se sepa a ciencia cierta cómo diablos se las arreglan para vencer tantos obstáculos.

Williamson no sabía de tales obstáculos. Dió su nombre ante la puerta principal. Dijo que pertenecía ya a las oficinas, pero nadie le creyó ni se molestó en leer la carta que mostraba. Nadie le creía. No creían en nada fuera de las puertas de sus escritorios periodísticos, sin duda por experiencias de su propio oficio.

Por fin, nuestro joven se vió subiéndose escaleras y pensan-

do: «¿Podría tomar los teléfonos bastante aprisa? ¿Podrían leer sus notas en la redacción?» Cualquiera puede manuscibir con cierta rapidez, pero la cuestión es poder leer lo escrito después.

El jefe de información fué el primero que se encaró con él: —¿Puede usted deletrear la palabra Przkemysl?

—Sí—contestó el joven, anhelando que no se le preguntase cómo.

—¿Sabe usted quién es Pilsudski?

—Sí—se apresuró a contestar el joven—: usted se refiere al dictador.

—Está bien—dijo el jefe de información, sin ser bastante brutal para agregar: ¿dictador de dónde?, pues esta pregunta hubiera dejado perplejo a Williamson.

—Usted tendrá que ser muy rápido, ¿eh? Varsovia está registrado con 7s 9d. Bueno, no espere usted entretenerse en deletrear nombres y aprender lecciones de largas distancias telefónicas. Y que Dios le ayude si pierde usted nombres de personas o pueblos y confunde la información. Cuando se han de tomar al oído tales nombres y pueblos desde más de mil kilómetros de distancia, todos suenan lo mismo.

El joven tenía algunas experiencias de cortas y largas distancias por teléfono, pues había trabajado como receptor alámbrico en un conocido hotel; pero ahora se trataba de proceder con rapidez y claridad extraordinarias, y experimentó diversas sorpresas pegado al aparato.

—Roma habla—sonó en el receptor, apenas el joven se hizo cargo de él.

—Manténgase vivo—le aconsejó un compañero—; el corresponsal de Roma es muy exigente y transmite rápido.

¡Cielos, qué trabajo para un novicio en tomar noticias! Williamson sudaba tinta, con los tímpanos en tensión y el lápiz bien aguzado entre sus nerviosos dedos.

Desde luego, pudo deletrear bien «Mussolini», y algo escuchó acerca de una nueva guerra.

Estambul enviaba la noticia de un asalto de tropas turcas en alguna parte, y se escuchaba muy confusamente.

—No se preocupe por eso—le confortó alguien—. La Agencia Reuter ampliará la noticia.

Luego se le acercó el secretario de redacción, que le iba arrebatando de las manos las notas escritas.

—Siga, siga; no se duerma—se le gritaba.

Todos los corresponsales en Europa parecía que entablaban competencia por comunicarse al mismo tiempo. París llamaba cada media hora; Berlín, Viena, Madrid, Melilla, Leningrado, Lisboa (una nueva revolución), Monte Carlo (un príncipe arruinado en la ruleta), Oslo, Las Palmas, Belgrado, Budapest...

En torno a Williamson todos trabajaban febrilmente o, al menos, daban esa impresión.

—Esa es la habilidad de todos—comentó un telefonista lo-

cal cerca de su asiento—. Cuanto más ansiosas son las miradas, más despacio trabajan.

Horas y horas se mantuvo en su puesto Williamson, recibiendo informaciones de todas partes del mundo. Escribía las notas con rapidez, y una dactilógrafa se las iba arrebatando para pasarlas en limpio..., cuando no se impacientaba el secretario de redacción y las agarraba para echarlas un vistazo, a la búsqueda de nuevas sensacionales. El joven se preguntaba cómo podrían lograrse tantas noticias.

—¡Por todos los santos! No ha pasado usted una noticia de importancia en toda la noche—rezongó el jefe de información con gesto avinagrado, como si Williamson tuviese la culpa—. Hasta ahora, puro relleno el que nos envían los tipos. Necesitamos algo aplastante, de cualquier clase que sea.

El joven nunca había escuchado tal lenguaje. De pronto, sus ojos se agrandaron con expresión de sorpresa. De Sicilia comunicaban los detalles de un fuerte terremoto con muertos y heridos.

—Diez personas aplastadas—murmuró para sí—. ¡Santo Dios!

Pero diez víctimas mortales eran muy poca cosa para el voraz apetito informativo de «El Vocero».

Luego, el joven recordó: ¿nadie le llamaría de Streatham, su barrio? Esperaba y temía a la vez recibir en cualquier instante una noticia. Pero no tuvo tiempo para pensar en sus cosas, en su familia, en su mujercita, pronta a ser madre. Nuevas informaciones había que anotar. En Bulgaria fallecían de hambre campesinos y desocupados. Bucarest transmitía.

—Londres no gusta de leer esas miserias lejanas—fué todo el comentario del siempre malhumorado y nervioso jefe de información—. ¿No puede recibir otras noticias mejores? —agregó, encarándose con el joven. ¿Es que en parte alguna ocurre algo realmente publicable?

Pocos minutos después el joven observó, con zozobra, que el director nocturno se le acercaba. Una sola vez le había visto, cuando le entregara la carta de recomendación; pero el periodista ni se acordaba ya de él.

—¿Quién es usted?—le soltó, contemplándole con fijeza.

—El nuevo telefonista de largas distancias... Williamson, señor.

—Me gusta que todo el mundo me conozca en la casa—expresó el tipo—. Si recibe al fin algo de importancia, avise rápido. Hasta pipiolos como usted pueden escuchar alguna vez algo importante. Hasta por el teléfono de su casa es posible que usted logre transmitimos cualquier sensación de momento. Un periodista deberá serlo hasta mientras duerma.

—Roma otra vez—anunció el aparato.

Williamson aguzó los oídos para recibir las últimas noticias acerca del muy verdadero Mussolini y de la muy dudosa guerra mundial a plazo fijo.

Y así transcurrían las horas de aquella noche. Mecánicamente le iban arrebatando los apuntes, que se llevaban, mecanografiados o no, a cierto departamento que se perdía en una revuelta ante su vista.

—¿Por qué no recibiré noticias de casa?—se preguntó, preocupado, en unos instantes de relativo descanso.

Bueno; una cosa cierta le consolaba: servía para el empleo; podía percibir claramente lo que transmitía Roma y hasta Leningrado; los apuntes los tomaba aprisa y resultaban legibles, y descubrió que los corresponsales extrajeros le deletreaban los nombres difíciles y se los repetían. No era, pues, tan difícil como había pensado sostenerse en el empleo.

—Además—le dijo la voz simpática de un compañero que trabajaba cerca de él—, si los corresponsales se equivocan con los nombres, los lectores del diario, también.

Recordaba con qué indiferencia, con qué ojos cargados de pereza solía desplegar los diarios de la mañana durante muchos años, buscando con toda calma alguna noticia que pudiera interesarle o distraerle; y ahora..., ahora formaba parte del complicado y febril engranaje de uno de esos diarios, y sabía ya cómo llegaban las noticias.

A intervalos le asaltaba el recuerdo de su querida esposa. ¿Cómo se hallaría? ¿Acaso ya...?

Pero de nuevo le reclamaba el receptor. Más noticias, nuevas informaciones procedentes de todos los rincones de Europa.

Alguien solía gritarle:

—¡Vivo! ¡No se amodorre!

La primera edición, oliendo a tinta fresca, llegó a manos del jefe de información.

—¡Santos cielos, qué diario!—rezongó el hombre, sacudiendo las páginas entre sus manos—. No ha tenido usted suerte para darnos una verdadera noticia—agregó, encarándose con el joven—. La información de la columna cuarta es una sonsera. ¿Es que será usted «incapaz» de recibir algo interesante?

¡Noticias, noticias! Todo el mundo bullente mostrábase ávido por recibirlas, y nunca aparecían satisfechos de las que iban llegando.

—Tenemos que tener algo aplastante..., lo que sea—exclamó el hombre—. ¿No puede obtener algo romántico, conmovedor..., alguna historia acerca de un «baby» que haga derramar lagrimones a las lectoras esta mañana, oprimiéndoles el corazón?

Todavía llegaron más noticias. Cuando Williamson pudo ver la segunda edición, observó que la primera página era diferente de la primera.

—¡Por todos los diablos!—volvió a rezongar el jefe de información—, esta página me parece peor que la anterior.

Y el hombre se olvidaba de que él mismo indicara su formación en todos los detalles gráficos e informativos.

—¡Valiente sonajero impreso!—murmuró, rabioso—. ¡Una ñoñez esta edición! ¿No se le estarán escapando algunas buenas informaciones?

Los reporteros iban llegando apresurados para mecano-

De la crisis económica y sus remedios

El ahorrar representa un insulto a las riquezas existentes

Por ISAIAS TABOAS
ESPECIAL PARA "CIUDAD"

Es plausible el empeño del Gobierno por solucionar el paro. Plausible también la conducta de todos los periódicos, al dedicar a él preferente atención. Nada, en verdad, tan apremiante: lo único apremiante que tiene hoy la humanidad.

Políticos y economistas, ¿solucionarán el paro? No. Menos que no: de todo punto imposible que lo solucionen. ¿Por qué? ¿No tiene solución? Sí. Tiene solución. Solución inmediata. Basta con que el Gobierno lo quiera. El Gobierno español u otro Gobierno extranjero. El problema, desgraciadamente, se halla en el mismo estado en todas las naciones. Basta con quererlo..., entendiéndolo. Y es el caso que no entienden, o que no quieren entenderlo.

Vamos a cuentas. Analicemos las soluciones que se proponen.

Las manifestaciones de gobernantes y economistas pueden condensarse así: «Hay que ahorrar. No tenemos dinero. Debemos someternos a privaciones, desprendernos de algo, suprimir funcionarios, etc.»

¡¡Ahorrar!! ¿Qué cosa?

¿Aceite? Nos sobra aceite. Se están produciendo en el artículo bajas alarmantes. Tenemos que llevarlo al extranjero.

¿Naranjas? Es el mismo caso del aceite, pero más grave. Por más que se busque, no será posible encontrar colocación para las que nos sobran. Necesariamente, se pudrirán muchas.

¿Conservas de pescados? ¿Conservas vegetales? ¿Vinos? ¿Trigos? ¿Carnes? Pasa exactamente lo mismo. Nos sobra para consumir y hasta para derrochar de todo.

¿Ahorraremos dinero? Nunca hubo tanto en el mundo. Nunca hubo tanto en España. No hay donde colocarlo. Le pasa lo que al trigo, a las naranjas y a los demás artículos: se deprecia. Acaba de sufrir una fuerte baja en el interés, o sea en su valor. Si las naranjas y otros artículos se pudren, mucho dinero está oculto, faltar de estímulos y de ho-



rizontes, sin vivir ni dar vida, sin cumplir su misión: muerto, pudriéndose también.

Pero hay gran diferencia entre los artículos alimenticios y el dinero.

En los artículos alimenticios cabe, en hipótesis (la naturaleza nunca se agota) que en algún momento, en pleno derroche, pudieran escasear. En el dinero no cabe eso ni en hipótesis. Por mucho que lo derrochara y despilfarrara un Gobierno, por mucho que lo derrocharan y despilfarraran todos los particulares, no sólo jamás se acabaría, sino que ni aun disminuiría. Siempre es uno y el mismo. No se deteriora, ni se evapora, ni se cansa. A ningún Gobierno debiera estarle permitido el decir que carece de dinero.

Entendámoslo bien. El dinero es una creación caprichosa del hombre, pero hoy consubstancial con él. Toda la vida de la humanidad, en el dinero se basa. La encarnación del dinero la representan los Estados, únicos que se reservan para sí la facultad de hacerlo. Resulta un artefacto indispensable para regular, pesar o medir los diversos servicios y riquezas. Mientras existan riquezas materiales, como de hecho existen, y mientras existan seres humanos aptos para la prestación de cuantos servicios necesitamos, como de hecho existen también, ¿no es ridículo que un Estado tenga inmovilizadas las riquezas de una nación, diciendo que no tiene dinero? El dinero, o sea la escritura o el resguardo de las riquezas, es el Estado mismo. La impresión que nos causan todas las naciones del mundo cuando dicen que no tienen dinero es la misma que nos causaría una cinta métrica diciendo que carece de un instrumento para hacer mediciones.

¿Privarse y sacrificarse! ¿Por qué? ¿Es que no llegan los

zapatos, el azúcar, las naranjas, etc., y es necesario que alguien deje de ponerse zapatos y de tomar azúcar y naranjas para que los que carecen de esos artículos puedan tenerlos? No. Sobra todo para todos.

¿Dar algo? El que dé una cantidad se priva del resguardo con el cual podría comprar mercancías. El que reciba la cantidad podrá comprar esa mercancía. Pero siempre será una sola mercancía, cuando harían falta dos. ¿Por qué uno y otro no han de comprar cuantas mercancías necesiten? ¿No sobra de todo?

¿Suprimir funcionarios! Pero, ¿es que esa burocracia que no trabaja (admitámoslo así) es indispensable que trabaje, que coloque ladrillos o plante patatas, porque los que colocan ladrillos y plantan patatas no dan a basto, son pocos y no hay donde encontrar más obreros para esos menesteres? No. Todo lo contrario. Sobran hombres y hombres para cuanto pudiera ocurrírseles. Eso precisamente es la crisis.

No sigamos. Hemos hecho unas cuantas reflexiones. Son las naturales, las del problema, las que están sobre el table-ro. No son las que hacen los políticos ni los economistas del mundo entero. Luego, no podrán resolver la crisis. No la entienden, repetimos.

¿Deben avergonzarse de ello los gobernantes y economistas españoles? No. Los extranjeros tampoco. No son culpables. La única culpable es la llamada sarcásticamente «ciencia» de la Economía Política, en la que se inspiran todos. Y la tal «ciencia» es un amasijo de fórmulas absurdas. Nos lleva a la situación actual: la humanidad se muere de hambre en plena hartura. Confiesa desenfadamente, al hablar de crisis cíclicas, que muchas otras veces cometió igual delito. ¿No procede que cuanto antes quememos todos los libros que tratan de la materia?

Sí. Quememos esos librotos. Que desaparezca la Economía Política. Fundemos otra ciencia que la sustituya: plutología, opulencia de todos. No plutocracia, opulencia de castas. Sabremos después que la crisis actual se convertirá en una era de riqueza insospechada, lanzando a la circulación dinero a montones, como único medio de usar las inmensas riquezas que existen sobre la tierra. Todos los Gobiernos pueden hacerlo. Todas las naciones son ricas.

Fundemos plutología, repetimos. Mientras tanto, y como primera partida de la nueva ciencia, sentemos que el ahorrar representa un insulto a las riquezas existentes.



La señorita Mercedes Pedroso, ganadora del primer premio.

Donde existe la afición hípica que se aprecia en la juventud madrileña, no se necesita más que una sociedad que sepa encauzarla, recogiendo y dirigiéndola en forma que no se malogre en esfuerzos estériles y que sepa estimularla y engrandecerla.

El Club Hípico Madrileño ha venido, con su juventud y entusiasmo, a sacar a la Sociedad Hípica Española de su letargo, haciéndola comprender que no es bastante un concurso anual, sino que la juventud deportiva aspira a muchas y variadas fiestas hípicas que colmen sus aficiones y entusiasmos.

Afortunadamente, la Sociedad Hípica ha sabido recoger este resurgir del deporte hípico, y prueba de ello ha sido el gran "Rally-Paper" celebrado el 14 del corriente, en el que con gran acierto dió intervención y solicitó la colaboración del Club Hípico, Club del Campo, Club de Puerta de Hierro y Tronky Club, con lo que reunió y asoció a su fiesta a todas las fracciones hípicas de

HIPISMO

LA AFICION HIPICA MADRILEÑA

"RALLY-PAPER"

Por "EL PAJARO"

estas sociedades, que respondieron con verdadero espíritu deportivo y con un entusiasmo digno de todos los elogios, haciendo que las iniciativas de la Sociedad Hípica Española cristalizaran en un éxito hípico y social, pues los terrenos y locales del Club del Campo se vieron invadidos por lo más selecto de nuestra sociedad juvenil y deportiva.

El Rally" consistía en un recorrido por grupos de dos amazonas y cuatro jinetes, inscritos cada seis como representantes de uno de los clubs concurrentes a la fiesta. El recorrido era todo él a través de terreno variado, teniendo que salvarse algunos obstáculos.

El grupo ganador del primer premio representaba a la Sociedad Hípica Española, y los formaban las señoritas Margarita y Mercedes Pedroso, y los señores Llorens, Del Hierro, Betancourt y R. Acosta, que hicieron el recorrido en diez minutos y once segundos, sin ninguna falta.

El segundo premio lo obtuvo el equipo compuesto por las señoritas Matilde Hernández y Josefina Pellón, y los señores Queralt, Vidal, Noriega y Xifra, que hicieron también sin falta el recorrido en once minutos y veinti-



El equipo ganador del "Rally-Paper".

cinco segundos, representando, igualmente que el anterior, a la Sociedad Hípica Española.

El equipo ganador del tercer premio representaba al Club Hípico Madrileño, y lo formaban las señoritas Concha Iraredra y Anita Cavada, y los señores Elizalde, Iglesia, Maisterra y Mac-Crohon, que hicieron el recorrido en once minutos y cuarenta y cuatro segundos, sin ninguna falta.

Prueba de la pujanza que tiene el deporte, y que es necesario estimular, es que en la prueba se inscribieron 14 grupos, que a seis jinetes, reunían 84, con un total de 28 amazonas, número este último que constituye un record en nuestro deporte hípico femenino.

Toda clase de elogios merecen las sociedades que han contribuido y organizado tan brillante fiesta hípica, y muy especialmente el Club Hípico Madrileño, representativo de actividad y juventud del deporte de que tan necesitados estábamos.

LA GRAN NOTICIA

(Conclusión)

grafiar sus informaciones. Un tipo, ya maduro, fué saludado con exclamaciones:

—¿Qué diablos nos trae de nuevo?

—Es el cronista de espectáculos—murmuró el telefonista local a Williamson.

—Nadie demuestra interés por las cosas de arte—murmuró con amargo escepticismo el escritor, mientras se acomodaba frente a una máquina.

—¿Y está listo eso?—alguien le gritó sin muchos miramientos, cuando el hombre apenas había escrito media página.

—Siempre le tratan así—murmuró la misma voz del compañero a Williamson—. En los teatros es un hombre muy importante. Todos le halagan. Al menos, así piensan los lectores; pero si oyeran lo que se le dice en la redacción...

Streatham, su barrio, su departamento, su mujercita. Williamson pensó con melancolía en el trance familiar, y dando vueltas a sus recuerdos acabó por dramatizar la situación, el peligro que correría ella...

Cerca de las dos de la madrugada. Más noticias todavía. ¿Noticias que parecían más fermentadas. ¿Una revolución en Chile? ¿Un pavoroso naufragio en las costas de Escocia? Sí, sí; algo por el estilo. Luego, un descarrilamiento con centenares de víctimas, pero ocurrido en China. ¿A quién le importa China, después de todo?

El jefe de información se encogió de hombros, indiferente. Las dos de la madrugada. Williamson recibió la orden de poder retirarse.

—Se ha portado usted lo más bien esta noche—le animó el telefonista local que se sentaba a su lado.

Con una nueva esperanza latándole en el corazón, el joven se dirigió hacia su domicilio. Bajó hasta el embarcadero

ro y allí pescó el último tranvía, y no tardó en apearse cerca de la puerta de su casa.

Su esposa, probablemente, se hallaba ansiosa por verle, por preguntarle cómo le había ido en su nuevo empleo.

Abrió la puerta y penetró en el vestíbulo.

Oyó unos pasos que se acercaban y como un débil gemido. Enseguida apareció ante su vista, en la puerta del fondo, la «nurse» con un bultito entre los brazos.

—¿Es un niño!—exclamó, anunciadora.

El corazón de Williamson, semejante a una campana pascual, repicó a gloria.

—¡Gracias, gracias a Dios!—exclamó exultante.

Y corriendo hacia el aparato telefónico llamó a la redacción, preguntando por el jefe de información.

—Acabo de recibir una gran noticia—le anunció cuando le comunicaron con él—. Es la más grande noticia del mundo: ¡mi esposa ha tenido un niño!

¿MADRID BAJO LOS GASES MORTIFEROS?

Por J. VALDES MARTEL

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

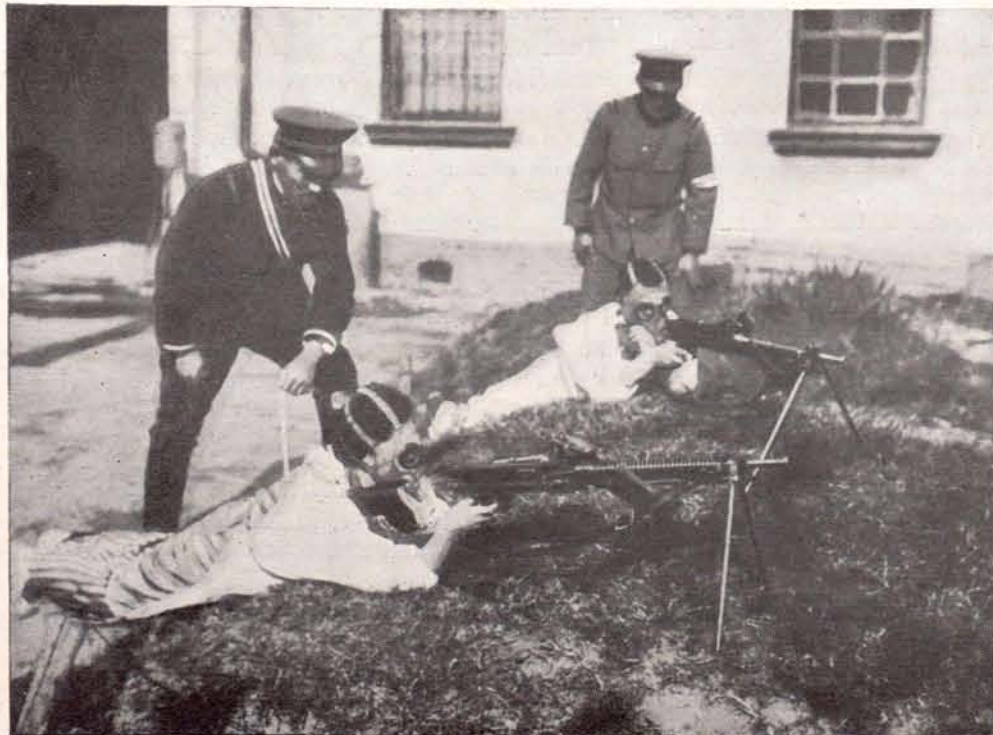


No es un secreto ya para nadie que en la primera guerra las naciones emplearán especialmente la ofensiva aérea y que este medio de ataque se dirigirá ante todo sobre las grandes urbes del país vecino. Por eso hoy día, en la Europa central y occidental, el público adquiere en los comercios una careta contra gases del mismo modo que cualquier otro artículo de uso y vestido. Y a la población civil se la somete a pruebas de protección contra los gases.

Para defender París de los ataques aéreos se va a construir una torre de gran altura, con plataformas para el despegue y aterrizaje de los aviones de caza, cuya misión es derribar a los aeroplanos enemigos. Además, en las casas de la ciudad se han preparado los sótanos en que deberán guarecerse los vecinos cuando se dé la señal de que la aviación enemiga se aproxima, y es ya corriente, antes de alquilar un piso, dar un vistazo al sótano para convencerse de que reúne buenas condiciones.

No será extraño que en la próxima guerra haya menos peligros en las trincheras y campamentos de primera línea, y aun en plena batalla, que en las grandes ciudades, puesto que éstas serán elegidas por la aviación para desmoralizar al enemigo y privarle de sus depósitos agrícolas e industriales.

Además de las bases aéreas terrestres, las grandes naciones disponen de buques portaaviones, que se aproximarán a las costas del país que deban bombardear, de tal modo, que ningún territorio puede considerarse a salvo en razón de la distancia que le separe de los demás. Los modernos aviones de bombardeo desarrollan una velocidad superior a 300 kilómetros por hora y pueden llevar una carga de 1.000 kilogramos a 1.000 kilómetros de distancia, y regresar a su base. Por eso Madrid, en caso de una nueva guerra europea, está expuesto al ataque aéreo, y mucho más Barcelona, Baleares y Canarias. Hay que prepararse para esa contingencia, y para ello, aparte de la propia aviación y de la artillería y ametralladoras antiaéreas, la sanidad civil debe disponer de médicos especializados en el tratamiento de los efectos de las diversas clases de gases y de los medicamentos correspondientes en grandísima cantidad, así



como de caretas protectoras, llegando a una por cada habitante de las ciudades más expuestas al ataque aéreo. Además, se deben disponer los refugios domiciliarios y los colectivos, entre los cuales las galerías del ferrocarril metropolitano desempeñan un importantísimo papel.

Hay que prevenir también cuáles serán las señales acústicas para caso de ataque y lo que cada ciudadano deberá hacer cuando sean dadas, así como disciplinar a la población civil para que no encienda luces hasta que se perciba la contraseña de que el peligro ha pasado. Como de todos modos es inevitable que haya algunos afectados por los gases, se hacen precisas ambulancias y equipos sanitarios en automóviles para socorrerlos y trasladarlos a los hospitales. Con todo esto y la acción de la aviación propia y de las armas antiaéreas puede una ciudad considerarse racionalmente protegida. Sin ello se vivirá confiados a la suerte, a la Providencia y demás fuerzas impalpables, que suelen a veces jugarlos muy malas pasadas.

Madrid está situado entre tres aeródromos muy próximos al centro de la ciudad: Cuatro Vientos, Getafe y Barajas. Tiene otro cinturón más extenso formado por Guadalajara, Albacete y otros aeródromos en las provincias de Ciudad Real y Toledo. Más al Norte, León, Burgos, Logroño, Zaragoza y Lérida forman una buena línea defensiva, y en Andalucía, Sevilla, Córdoba y Granada representan el mismo papel respecto a un ataque procedente del Sur. Por su situación geográfica, así como por su altitud y cordilleras, que por Norte, Este y Sur le encierran, es Madrid una de las poblaciones mejor dotadas naturalmente contra los ataques aéreos. No así por el Oeste, que hasta el Atlántico no hay grandes alturas que obstaculicen naturalmente el paso.

No debemos vivir en alarma, pero sí prevenidos. Precisamente lo más peligroso del ataque aéreo es que será fulminante, coincidiendo con la declaración de guerra, puesto que bastarán unas horas para recibir la visita de los aviones enemigos. La aviación ha revolucionado los planes estratégicos de tal modo, que ningún país europeo podrá quedar al margen de un nuevo conflicto bélico. Europa entera será beligerante el día que la guerra estalle, pues los primeros que guerreen harán salir a los demás de su posible actitud de neutralidad, imponiéndoles la colaboración y atacándoles si se niegan.

Por esto debemos prepararnos a no hacer el papel de mosquitos cuando se les combate con Flit.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A "CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"
Palacio de la Prensa
MADRID

D.
domiciliado en
calle de (localidad) número
provincia de

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTIMOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual en

(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

MOTIVOS DE LA CIUDAD

MAESE BUSCON

Preludio lamentoso

MAESE Buscón pide un poco de generosidad al lector de los presentes "Motivos", a fin de que disimule su aspereza y su mal humor. Maese Buscón no sabe qué óxido ceniciento y cuaresmal invade su pluma desde hace unos días; pero el caso es que no sería capaz de reírse ni aunque viese al señor ministro de Obras públicas vestido de imitador de tonadilleras. Y es que Maese Buscón se ha encariñado con Madrid y le da grandísima congoja el ver que este pueblo, que nació para ser simpático y agradablemente habitable, se está convirtiendo en una de las ciudades más intransitables de Europa por la desidia y la falta de interés solidario de todos. ¿En qué gran población del mundo no es castigada la ebriedad como una infracción cualquiera? Pues por Madrid desfilan los borrachos por delante de los guardias como si tal cosa. ¿Dónde se consiente que las calles más principales estén acaparadas, desde las primeras horas de la noche, por esas pobres grullas trashumantes que nos tiran de la americana? Pues en Madrid los representantes de la autoridad sostienen con ellas animados paliques. ¡Y esos zocos de vendedores ambulantes que se instalan en cualquier esquina—generalmente en donde más estorban—para obligarnos a meter el pie en su tendal de cordones o suicidarnos, arrojándonos debajo de los vehículos! ¡Y esos mendigos, señor alcalde, esos mendigos! ¡Y esas nubes de limpiabotas! El pasado domingo, en la terraza del "Laberintium", ese lujoso café de la calle de Alcalá, Maese Buscón hizo la siguiente estadística de los estorbos que tuvo que espantarse: once limpiabotas, nueve ciegos y medio (este medio era un tuerto), seis tullidos, cuatro "violinistas", un ocarinista, diecisiete vendedores de lotería, cuatro corbateros, tres estilografíeros, cuatro floristas y dos sinvergüenzas que hacían de "vergonzantes". Total, sesenta y uno, o sesenta y uno y medio, para ser más exactos. Y esto, en un par de horas.

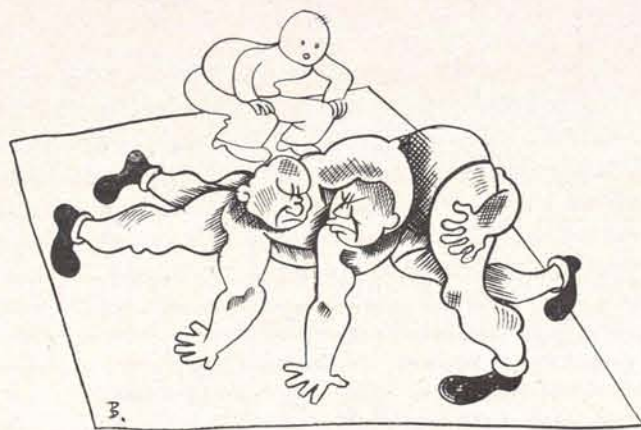
YO no sé lo que estos problemas presentarán de insolubles; pero no me cuesta mucho trabajo suponer lo que tienen de estudiables, de encarables y atendibles. ¿Se hace esto siquiera? Pues preparémonos a lo que nos espera, que es aforismo de autoridad que vayan a peor defectos que no se corrigen a tiempo.

Esos tranvías...

HE aquí que Maese Buscón venía pensando, en silencio, que no le sería posible "meterse" con la Compañía de Tranvías de Madrid, por considerar que esa empresa, como otras de España—la Tabacalera, la Papelera y las ferroviarias, por ejemplo—eran otros tantos "tabús" periodísticos a los que nadie osaba acercarse con afilada pluma. Al menos el silencio habitual de los periódicos ante los desaguisados de esos pulpos dejaba entreverlo así. Es posible que hayan callado por habituación o por cansancio. Pero como nosotros somos nuevos, practicamos todavía el noble deporte profesional de la predicación en desierto. Y vamos a echar un cuarto a sermones perdidos. Me anima a la faena el hecho de que, a una semana del rapapelos con que De la Serna obsequió en estas planas a los empresarios de los tranvías, sigue viviendo como si tal cosa, sin que ningún cefalópodo financiero le haya estrangulado. No son, pues, intangibles; y comprobada esta verdad, uno puede muy bien sentirse San Jorge de la estilográfica e intentar unos cuantos pinchazos, que

serán todos en el mismísimo hueso. Pero no importa. Ello no me excluye de la obligación de decir que es ruborizante ese tránsito de carrindangas del tiempo de las calesas por las calles más céntricas de la ciudad. El servicio es malo, anticuado y feo; pero, en cambio, es inservible y sucio. ¿En qué ciudad que no sea en alguna colonia inglesa se tolerarían esos féretros amarillos de asientos "vis à vis", donde uno tiene que sentarse a la turca para que no le aplasten los pies, y en los que hay que ir de espaldas a la calle, como si de pronto uno se hubiese puesto neurasténico y decidiese enfadarse con toda la humanidad?

Y qué decir de su desaseo? Yo quiero contar aquí una historia, en la seguridad que me llamarán imaginativo, que es una manera fina de llamarle a uno embustero. Y, sin embargo, ¡ay!, cuán cierta es...



Le aconteció a un amigo mío que es notario, y que no me dejará mentir, como es natural. Suele viajar en la línea del 41, se llama D. Pejerto y tiene un lunar de pelos en la mejilla derecha que, si bien un poco canoso, le presta su aquel de hombre veraz y sirve para identificarle fácilmente. Pues mi amigo asegura que un día se le cayeron en el vehículo unos granos de alpiste que llevaba para sus canarios, y que a las tres fechas justas había debajo del asiento una imitación tan perfecta de una pradera en miniatura, que era una verdadera monada. ¡Si llega a llevar semillas de eucalipto! Yo, por mi parte, he visto en los tranvías montones de barro que permanecían allí a través de dos meses de sequía. Y en otros, insectos de esos que hacen incómoda la vida de las pensiones durante las bellas noches del estío. Y en otros, una colección tan

bella de salivazos, que hubieran hecho la felicidad de un bacteriólogo. Y en todos, cáscaras de frutas de la cosecha anterior, colillas y resto de viandas provenientes de los excursionistas veraniegos del año pasado. Lo que no he visto por ninguna parte es la tabla de horarios, ni las planillas donde debe constar la fecha de la última desinfección, ni el reglamento donde consten los derechos del viajero, ni la buena crianza del personal, requisitos que la autoridad hace cumplir meticulosamente a las Compañías en aquellos países donde la autoridad existe y donde los ciudadanos no son considerados fardos de trapos viejos, y donde estas empresas son verdaderamente de servicios públicos y no máquinas engullidoras de dinero que tienen el público para su servicio.

EN cambio, en todos los rincones, jambas y dinteles de los coches hay estampados profusos "se prohíbe", y sobre la puerta de acceso hay una especie de código con más artículos que el civil, donde se le informa al viajero de todos sus deberes y de ninguno de sus derechos. Pero seamos justos: en una sola cosa aventajan nuestros tranvías a los otros de los países civilizados: en ser los más caros del mundo. Algo es algo.

El "cach as cach can" ese

NO sabemos, ni nos importa, en qué clase de manos selváticas ha caído la iniciativa de los espectáculos de determinado circo ni a qué canibalismos de empresa responde su orientación. El circo, espectáculo de fina prosapia romántica, con sus Amazonas, payasos, trapezistas y fieras bien educadas, se convierte, en este ruedo urbano de tan evocadora tradición para muchas generaciones de niños madrileños, muy frecuentemente en un escenario de la crueldad más bestial y de la explotación más repugnante. Primero fué aquel lamentable "concurso" de baile, en el que unos cuantos infelices daban vueltas días y días bajo la mirada de un extranjero bruto, con pinta y alma de domador. Espectáculo de mal gusto, a cuya clausura hemos contribuido desde estas páginas. Ahora es el "cach as cach can", especie de "deporte" que suele causar el regocijo de las gentes de más baja extracción social en otros países con sus puntapiés en el vientre, sus cabezazos, llaves y zancadillas.

CLARO está que no es tan fiero el león como lo pintan, y muy buena parte de los rugidos, colapsos y zapatetas de esos infrahombres que se prestan a tan burda explotación están perfectamente dictados con vistas a un sensacionalismo de taquilla. De todas formas, sería muy de desear que esas exhibiciones, hijas de la barbarie y de la frescura, en codicioso maridaje para intervenir el bolsillo de los ingenuos, fuesen prohibidas como indignas de una ciudad culta. De un tiempo a esta parte, España está siendo el campo experimental de las correrías de unos cuantos aventureros internacionales, que vienen aquí a meter gato por liebre y a traernos "novedades" ya liquidadas en todas partes. Es necesario que las autoridades se preocupen un poco más seriamente de esta lenta invasión de desaprensivos, que vienen aquí, no sólo a llevarse las pesetas, sino a infiltrar hábitos de barbarie, nacidos en países donde se nos llama africanos y salvajes porque tenemos las corridas de toros.

FOTOS GOYA
DE
ANGEL ARACIL

Trasladó su Estudio
de Caballero de Gracia
a PELIGROS, 14

MILITARISMO ALEMAN

POR
JAIME MENENDEZ

Ahora, cuando se halla en franco proceso de total revisión la política de la postguerra, traído al terreno de las realidades palpables con sorprendente violencia por la declaración de Alemania anulando definitivamente la parte quinta del Tratado de Versalles, no sería ociosa una rápida excursión histórica para comprender la actitud vacilante de Inglaterra, condenada, al parecer, a seguir siendo el instrumento que reflexiona tardíamente, pero en forma fatal e inevitable. Quizá en esta actitud de Inglaterra—inexplicable si no se hurga profundamente en las causas de su trágica indecisión, que son las causas de su propia decadencia imperial, sentida hace ya varias décadas, más de las que se han empezado con la entrada del siglo en que vivimos—se halle en cierto modo la explicación parcial del estado de absoluto abatimiento de los sentimientos de paz. Vacila Inglaterra. Y mientras Inglaterra vacile, Alemania no abandonará su actitud arrogante y agresiva.

Durante los últimos dieciséis años, después que el astuto Lloyd George dejó como nadie bien plantado el pabellón inglés en la Conferencia de Versalles, de la que sacó mayores ventajas para su patria que cualquier otro, y más a tiempo, con lo que no sólo quedaba maldito de hecho el Kaiser, sino su pueblo también, la política británica ha vuelto a las vacilaciones acostumbradas, y ha hecho, con demostraciones de afecto nada desinteresado, que los gobernantes sueñen con que es posible aún que las corrientes históricas vuelvan a sus cauces acostumbrados, y que Inglaterra se alie a Alemania y se enfrente con Francia. ¿No lo ha hecho consistentemente durante estos años de postguerra, que ya es preciso calificar de distinta manera, puesto que la política de la postguerra se ha terminado definitivamente para dejar paso a la política de la preguerra? ¿Caprichosos entretenimientos de un engañoso destino!

dad que la historia se repite, pero con alguna diferencia, nada puede hacernos creer que irá en busca de normas a épocas anteriores al pasado conflicto. Demasiado confía Alemania en una estrella que empezó a palidecer hace años. Fía mucho a la suerte, que es caprichosa, y a las amistades circunstanciales, egoístas y aprovechadas. La es-



Hitler, el dictador de Alemania, que ha inquietado al mundo entero con su actitud precursora de tempestades.

Así se hallaban las cosas en vísperas de la pasada catástrofe. El emperador Guillermo se había aprendido mal las lecciones de historia. Pensó que, porque el enemigo tradicional de Inglaterra en Europa había sido Francia—por razones que a nadie se ocultaban—, lo seguiría siendo siempre. Y en esto creyó hallar apoyo para sus convicciones—tarea por demás fácil cuando se parte de postulados a priori—en el hecho de la supuesta afinidad social anglogermánica y en el hecho del parentesco familiar que unía a las dos familias imperiales: la inglesa y la teutona. Nunca hubiera soñado Guillermo que su pariente Jorge V habría de renunciar al título hannoveriano para quedarse con el de Windsor.

Este convencimiento del Kaiser, que duró hasta que se había declarado la guerra, estaba reñido con la lógica. Pocas veces se mueve la historia al impulso de razones sentimentales. Cuando éstas adquieren algún relieve es porque ofrecen fáciles argumentos para crear un deseado estado de emocional excitación. Por lo demás, otras son las fuerzas que arrastran a los pueblos a rendirse ante el altar de Marte. Estas razones son, fundamentalmente, económicas. Económicamente, Alemania era un rival, a principios del siglo, de Inglaterra, mucho más real y temible que Francia, donde también el ciclo de la expansión y el poderío imperial ofrecía fallos y resquebrajamiento demasiado en evidencia.

Cuando Inglaterra, al fin, después de llenar de esperanzas el corazón germano con sus vacilaciones, interpretadas como un esfuerzo por resistir en lo posible la formidable atracción que Alemania ejercía sobre ella, cayó de lleno en el bando opuesto, el odio y la furia germánicas se desencadenaron sobre la «traidora Albión». Famosa es la frase del Kaiser: *Gott strafe England*, que ha tenido respuesta en el palacio de Buckingham: *God damn the Kaiser*—«Maldito sea el Kaiser»—se dice que exclamó Jorge V al saber lo que de su país se decía en Wilhelmstrasse. No se hacía con ello más que dar expresión—no menos dura por ser tardía— a lo inevitable, el odio y la furia germánicas se desencadenaron so-

Puede Inglaterra ser vacilante. Pero nunca lo será hasta el final. Por eso sus decisiones tienen tanta eficacia. No es la suya la política del fenecido Imperio austrohúngaro, donde sólo en 1917 se empezó a sentir en la corte imperial el terrible peso de la responsabilidad histórica al unir sus suertes a una causa perdida. Esto, en las personas puede ser romántico y ennobecedor, pero en los pueblos se paga tan caro como lo han pagado los austriacos. De nada les sirvió el que Carlos empezase a negociar la paz—o entablase tanteos para ello—en la primavera de aquel año, después de preparar la opinión del país con aquel otro grito de: *Und schütze uns vor Deutschland!* Porque había llegado el momento de protegerse del montón de ruinas en que estaba condenado a hundirse el Imperio germano. Era, sin embargo, demasiado tarde. La lección, no obstante, persiste.

No sólo Alemania no llegó a contar con los amigos y aliados en que confiaba, sino que sus propios aliados empezaron a titubear cuando el destino le fué adverso. Y si bien es ver-

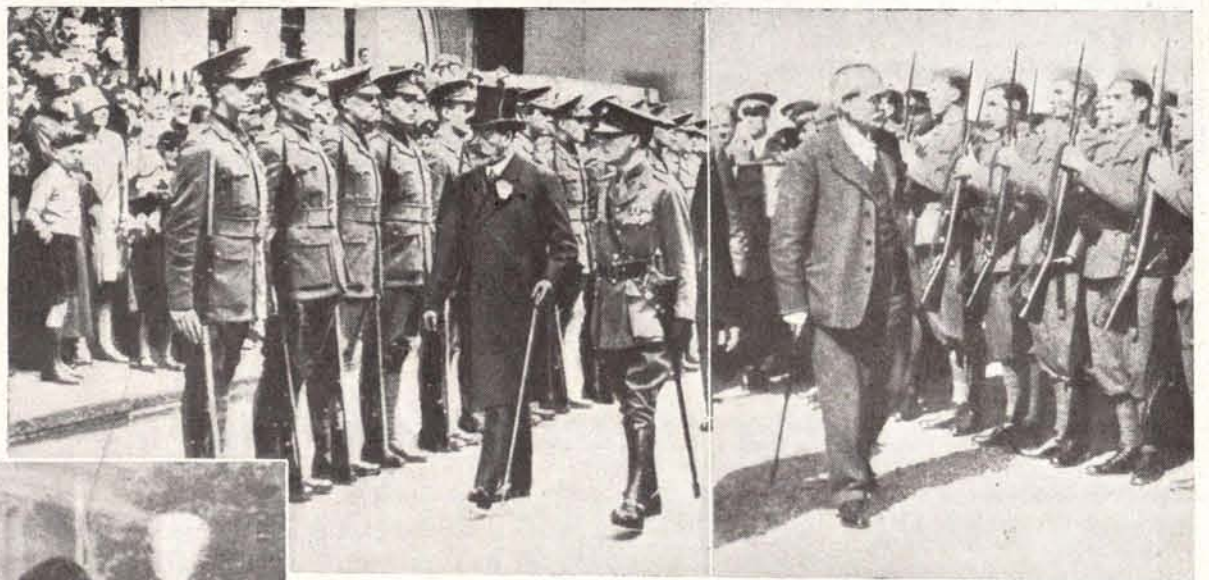


EL TIGRE HITLERISTA.—En cuanto me hayáis devuelto el Sarre, ya no tendré hambre...



...¡Pues no! Quiero ahora al Austria.
De "Notenkraaker", Amsterdam.

Jorge V, rey de Inglaterra y emperador de la India, y Mac Donald, revisando las tropas inglesas.



Eduardo de Windsor, príncipe de Gales, dirigiéndose a un desfile de gala del ejército inglés. ¿Qué actitud adoptará Inglaterra ante los acontecimientos que ensombrecen al Continente?

peranza de que Inglaterra seguiría siempre ya la política de años recientes, que ha envalentonado a los Gobiernos de Berlín, ha hecho crecer demasiado las alas de sus deseos. Posible que sean ya excesivamente fuertes y robustas para darles una poda muy necesaria.

Ha sido Inglaterra la primera en situarse frente a Francia cuando ésta solicitaba garantías de seguridad para poner en vigencia las cláusulas del Tratado de Versalles, que pedían la desmilitarización de Alemania, pero que pedían no menos taxativamente el desarme gradual de las demás potencias. La actitud inglesa ha sido—con Gobiernos conservadores y con Gobiernos laboristas y, últimamente, con el Gobierno de Mac Donald—el obstáculo más terrible en la senda de una armonía continental. El mismo Pacto de Locarno, en que sir Austen Chamberlain comprometió a regañadientes la garantía británica en nombre de la permanencia e inviolabilidad de las fronteras del Rin, ha sido objeto de sañudos ataques en Inglaterra. Si ahora se le elogia y ensalza es porque Inglaterra se siente débil. Sus ánimos flaquean. Su política vuelve a marchar a remolque de avasalladoras fuerzas, que otra vez la llevan, como en 1914—y antes, porque el entendimiento con Francia, en el que Ale-

La prudencia y el conocimiento de Hindenburg fueron un freno para los proyectos de Hitler, hoy dueño absoluto de Alemania desde la muerte de aquél. El poder ilimitado de que goza hoy día el dictador alemán, ¿le inducirá a emprender otra trágica aventura?



El Kronprinz desfilando ante fuerzas militares del Reich. De nuevo surge en Alemania la dignificación de las armas y los preparativos bélicos que hace veinte años los condujo al hondo drama que tan pronto han olvidado.



manía no quería creer, no es de aquella fecha—, por la senda que no ha de terminar nunca en esa alianza con la que se sueña en Berlín. Ni siquiera terminará en la reafirmación de su postulado utópico del *splendid isolation*, que ha durado exactamente hasta el momento en que se hacía forzoso quebrantarlo.

Después del comunicado germano anunciando la anulación unilateral de un compromiso multilateral—la parte quinta del Tratado de Versalles—, Inglaterra «toma la iniciativa» de mantener la promesa de enviar a su ministro de Estado a Berlín. Nada importa que en preliminares negociaciones diplomáticas se hubiese esbozado el tema que serviría de base a las negociaciones: la posible autorización de un ejército de 300.000 hombres, en vez de los 100.000 hombres que el Tratado de Versalles permite a la *Reichswehr*; la concesión de «muestras» de armamentos de todas clases; la creación de una pequeña aviación militar, y el retorno de Alemania a la Sociedad de las Naciones. La cuestión del propuesto Locarno del Este—con Rusia, los Estados bálticos, Polonia, Alemania y Francia—es de un interés secundario para Inglaterra. Lo vital estaba en evitar el malestar que producían las voluminosas informaciones sobre el rearme de Alemania y la decisión de ésta de eludir toda labor fiscalizadora. Por ello se había retirado de la Sociedad de las Naciones. Y por ello insistía Inglaterra en su retorno.

Va sir John Simon a Berlín. Va Anthony Eden a Moscú. En algunas Cancillerías existe el propósito de dejar las cosas como estaban. Pero el mundo marcha. Y marcha fatalmente a algo concreto, que brotará hoy o dentro de meses o dentro de años, pero que brotará al fin, inevitablemente, irremediamente. Se ha avanzado demasiado en un sentido. El retroceso no es viable. En ello se juegan demasiados intereses y ambiciosos prestigios, hoy encumbrados y engreídos.

El simple anuncio del sostenimiento de los propósitos de Inglaterra, de no darse más que tímidamente por enterada del paso dado por Alemania, ha provocado una violenta reacción en Francia y en Italia. Esta última potencia no necesita ahora buscar pretextos para romper una embarazosa alianza, como la de la Triple Entente en 1914, por la razón sencilla de que no existe. Se mueve desembarazadamente por donde le aconsejan los intereses nacionales, amenazados por las ansias expansivas de Alemania. Inglaterra ha abandonado ya las posiciones de avanzada. Antes de que sir John Simon vaya a Berlín, acompañado de Anthony Eden, éste terciará en unos cambios de impresiones en París con Laval y con Suvich. Y después del viaje a Berlín, es posible que se celebre una conferencia en el norte de Italia. Evidentemente, el «sistema colectivo», que había entrado en aguda crisis con la decisión de Inglaterra, tan unilateral como la germana, aunque de consecuencias insignificantes, si se establece una comparación entre ambas, vuelve a reconstituirse. No es extraño que empiece el nervosismo a ser la nota dominante de los Consejos de Ministros en Berlín. Y que se conteste con un despectivo «no nos hemos enterado» a las

notas comunes de Francia e Italia, como protesta de la actitud de Alemania.

No encuentra amigos el Gobierno de Berlín. Su posición es demasiado temeraria. Hasta Polonia, cuyos afectos hacia Alemania desde enero de 1934 parecían extraños e inexplicables a muchas gentes, titubea. Buena parte de su Prensa lleva a cabo una violenta campaña antigermana. «Únicamente un Continente en estado de morosa postración—ha dicho el *A B C* de Varsovia—puede permitir que se deje pasar un comunicado como el publicado en Berlín sin que se



DESSIN

1919
Gros, uno de los valores más agudos del humorismo gráfico germano, es el autor de esta caricatura descarnada, que, como un anatema a la guerra pasada, publicara en 1919. La tradición humanista de los dibujantes humorísticos alemanes ¿volverá a hacerse presente en los actuales momentos?

haya «saltado ya sobre Alemania.» Vuelve a oírse en Polonia el lenguaje de los primeros meses de 1933, cuando el mariscal Pilsudski pedía a su aliada Francia la invasión del Rin. El invadiría la Prusia Oriental. Daladier, entonces jefe del Gobierno, no quiso acceder a las demandas de Polonia ni a los ruegos del jefe supremo del Estado Mayor francés, el general Weygand, que tenía dispuesto y estudiado el plan de ataque. Pilsudski dió instrucciones por su cuenta y riesgo a sus representantes en Alemania para que le preguntasen a Hitler qué pensaba hacer. Y éste le dijo, por extraño que parezca después de una demagógica campaña de doce años, que sólo la paz con Polonia deseaba. Aquí nació el Pacto de

no agresión germanopolaca de diez años, que viola la alianza francopolaca de 1922. Polonia sigue temiendo a Alemania. Nada de extraño tendría que, cuando la ocasión se ofreciese voluntariamente, adoptase una actitud que recordase la de Italia en 1914.

En cada instante que pasa, las posiciones adquieren mayor consistencia; la gravedad de la situación es más evidente. En el Consejo de la Sociedad de las Naciones había que analizar el paso franco que ha dado Alemania por restablecer su añorado imperio de la espada sobre la colaboración y la convivencia, por llenar de angustia los corazones mal templados en el molde del estoicismo. Cuando las gentes se asombran de que el alemán de nuestros días acepte con fervor el codo del «neopaganismo», que hace de Hitler un dios o, por lo menos, su más representativa autoridad en la tierra, como afirma el «primado» del Reich, Dr. Müller, indican tener muy mala memoria. No comprenden que esto es escasamente una válvula de escape por donde sale su emoción bélica, su espíritu militarista, sus ansias de revancha. Hindenburg había sido elevado antes que Hitler, y quizá espontáneamente, a un rango semejante. Con razón o sin ella, ha circulado la versión que se había hecho en Alemania de un himno luterano en el que se cantaba: *Hindenburg ist unser Gott*.

Al definirse las posiciones, no sólo se agrava la situación: se hace más difícil la retirada. Quizá en esto Inglaterra haya obrado con mayor prudencia. Al plantearse la cuestión del comunicado germano en Ginebra, el retorno de Alemania a la Sociedad de las Naciones se hace, si no imposible, enormemente más difícil de lo que ya lo era hasta la fecha. Habrá que ir pensando con más firmeza en la *Machtpolitik*, que es una buena manera de explicar la conocida *Realpolitik*. ¿Quién puede esperar que Alemania, que se alejó de Ginebra por temor a sus posibles ingerencias en su política militar, vuelva a ella después de haberse pronunciado en términos recriminatorios?

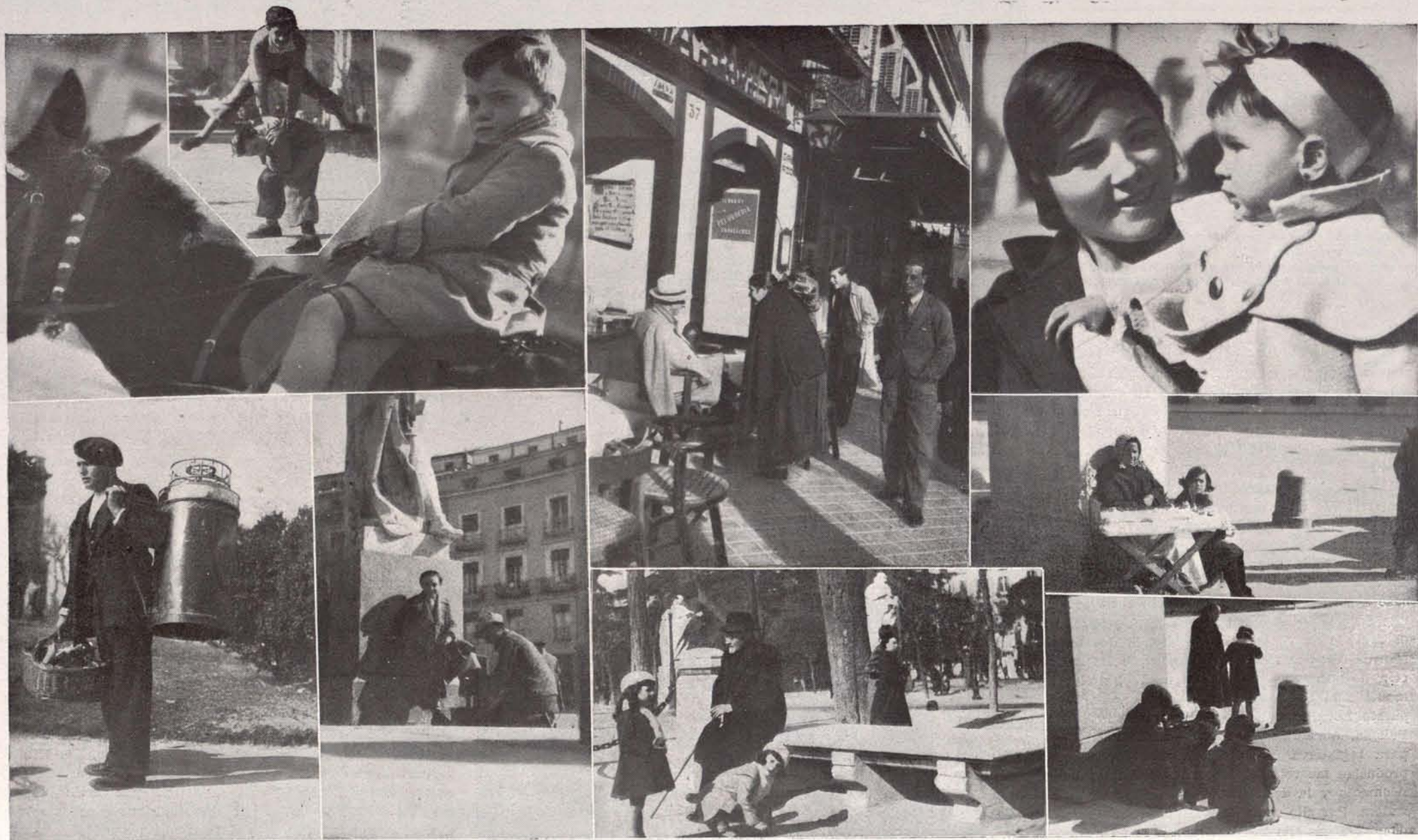
Francia lleva la cuestión a Ginebra. Actúa, al parecer, por su cuenta y por cuenta de la Pequeña Entente, que está también nerviosa. No conocemos en el momento de escribir estas líneas la forma de la petición. Pero, sin duda, se apoyará en el artículo XI del *Covenant* de la Sociedad de las Naciones, o en los artículos 164 y 213 del Tratado de Versalles. Aquel alude a cualquier acción que pueda amenazar la paz. Por el artículo 164, Alemania se compromete a no alterar sus cuadros armados sin autorización de la Sociedad de las Naciones, una vez que forme parte de ella; y el artículo 213 expone a Alemania a franquear las puertas a cualquier investigación que proponga el Consejo de la Sociedad de las Naciones mientras el Tratado de Versalles esté en vigor.

No es fácil, ni probable siquiera, que la pugna iniciada vaya más allá de un bombardeo con bombas de explosivas composiciones en el más puro—si bien bastante franco—lenguaje diplomático. Esto, sin embargo, puede ser el indispensable agente de preparación y cultivo del ambiente y del suelo, del que sale esa madera de héroes que está siempre dispuesta a la ofrenda en holocausto del ofendido honor nacional. Pero ocasión nos quedará de volver sobre el tema.

Francia e Italia se aprestan a entablar negociaciones con Inglaterra en relación a la inesperada declaración alemana. Las tres potencias aliadas vuelven a los conciliábulos, de cuyas resoluciones depende la paz del mundo.



HA LLEGADO LA PRIMAVERA



Nunca más que en estos momentos, Madrid es una ciudad al sol. Con la Primavera, que llegó la pasada semana, todos los seres que alientan en esta villa parecen haberse remansado deleitosamente en el goce del sol: los niños y los árboles, los viejos y las flores, los pájaros y los perros, los enfermos y los adolescentes robustos, que esperan sentir todavía un poco más cálidos los rayos solares para confiar a ellos su salud y el aumento de sus fuerzas. Ya los árboles del Buen Retiro y los de la Castellana y los del Prado muestran en sus desnudos brazos unos botoncitos morados, puntiagudos, todos apuntando hacia lo alto, como si estuvieran atentos a una señal determinada para sorprender a los hombres, por millonésima vez, con el milagro de su eclosión.

No tiene Madrid en abundancia esos árboles, que son los que más bullangueramente acogen la llegada de la estación florida: no se ven muchos almendros, ni cerezos, ni durazneros. Los árboles de Madrid participan un poco de la severidad castellana y son recatados en su eclosión, un poco desdeñosos y solemnes, como si tuvieran una conciencia formada de su renacer de todos los años. Se parecen un poco a la Mancha, que, a la llegada de la Primavera, apenas si se colorea con un tenue matiz de un verde palidísimo, invisible desde cerca, pero que cobra color y frescura en la lejanía, como si se tratara de un cuadro.

Las mujeres, en cambio, sufren una transformación violenta. Con los primeros días templados se lanzan a la calle más hermosas que nunca. El sol pone matices infinitos en su tez, y todo su cuerpo parece desprenderse del aletargamiento del invierno, tornándose ágil, suave y felino. ¿Es realmente así o es que nuestro espíritu, que tiene a su servicio sentidos sensibles a las estaciones, ve transformadas a las mismas mujeres que pasan todos los días a nuestro lado? De todas maneras, sería interesante saber cómo nos ven las mujeres a los del feo sexo a la llegada de la Primavera...

Mientras tanto los niños, indiferentes a todos estos problemas, son los que más gozosamente disfrutan de una estación que significa para ellos algo muy importante: un aumento de las horas de sol, vale decir, un aumento de las horas de juego, lo único serio en sus vidas. Y las calles y los paseos y los jardines se pueblan con sus risas y con su alborozo. Y se tornan amigos de todos los que pasan, y nunca como entonces hacen tan buenas migas con los viejecitos, que ya no tienen más placer que tomar un poquitín de sol en las aceras.

Y todo Madrid se tiende al sol, como si recordara la ancestral obsesión de sol que tuvieron nuestros remotos antepasados, los ártabros y los godos, "la gente ruda y vana" que un día se desprendió de tierras boreales, y, deslumbrada, se asentó para siempre en estas latitudes.

F O T O S A N G E L A R A C I L

EL MIÉRCOLES
3 DE ABRIL

EN EL PROXIMO NUMERO

RESERVE CON
TIEMPO
SU EJEMPLAR

LEA EL SEGUNDO REPORTAJE SENSACIONAL
DE LAS
"TRAGEDIAS DEL MUNDO"

"EN EL INFIERNO DEL GRAN CHACO"

POR EL REPORTERO CANADIENSE

WARREN GRACE-FIELD

MONTEVIDEO EN VERANO

MELODRAMA DEL AHOGADO

Por "BOY"

Como en Montevideo tenemos una magnífica colección de playas, también tenemos todos los veranos una magnífica colección de ahogados. En rigor, este razonamiento no resultará satisfactoriamente lógico si uno se abstiene de explicar las condiciones geográficas de las playas, las condiciones psicológicas de los bañistas y las condiciones típicas de la policía marítima.

Pero ahora no es esto lo que me propongo. Lo que me propongo es demostrar que, hoy por hoy, a esta altura de la historia, el suceso del ahogado, precisamente por su catadura melodramática, constituye el único capaz de sacudir la sensibilidad de la muchedumbre playera y sacarla del marasmo en que se encuentra hundida por tanta gimnasia sueca y tanto baño de sol.

Afortunadamente, hay que decir que el ahogado, entre nosotros, no siempre acaba en el cementerio: unas veces se lo lleva la corriente y otras veces lo devuelve el oleaje; pero aun en este caso, lo frecuente es que el ahogado no pida la partida de defunción, pues los servicios de la Asistencia Pública, cada día más eficaces, suelen volverlo a la vida. Lo que yo quiero decir es que en la playa, para que a uno se le llame «ahogado», no es preciso que se ahogue. Sucumba o no sucumba, la muchedumbre le llama «ahogado» a todo aquel que se está bañando y de pronto requiere el auxilio de los demás porque con su propio esfuerzo no recupera la orilla.

Esta confusión de términos tiene su filosofía y recarga la patética del melodrama playero. Precisamente en esa confusión, en ese embrollo, en ese no saberse lo que pasará, ni cuál será el desenlace, ni si se podría hacer algo para que el ahogado presunto no degenera en ahogado definitivo, radican esa ansiedad, ese tumulto, esa conmoción primaria y ese despliegue de actividades que otorgan al espectáculo contornos inconfundibles. Nadie piensa en simulacros de este género. En cuanto, junto a la orilla, se reúne un grupito de bañistas que señala a la lejanía, la gente grita:

—¡Un ahogado!

Y, en efecto, la exclamación circula como la pólvora; todos corren en la misma dirección, y enseguida aquel grupito va aumentando, va creciendo, va nutriéndose, va formando una gran piña de cabezas, que finalmente se abre en semicírculo para dejar en el centro, libre, al pedacito de arena donde los boteros que lo traen del agua colocan la persona del ahogado, casi siempre, por casualidad, vanguardia de algún club de nadadores.

El ahogado, allí tendido, tiene algo de órgano neumático que los entendidos sacuden violentamente. Uno le toma el pulso, otro le aplica el oído al corazón, otro le abre los párpados, otro quiere tirarle de la lengua y otro le coloca una rodilla sobre el estómago. Hasta que uno de la rueda exclama:

—¡Así, no! Lo primero que hay que hacer es ponerlo boca abajo.

—¡Claro, sí!—repiten varios en pelotón—. ¡Boca abajo! ¡Boca abajo!

—Bueno. ¿A ver?—agrega uno de los oficiales—. Yo le doy vuelta por la cintura. Ustedes le sujetan la cabeza. ¡Ahora!

—Con cuidado, despacito.

—¿Qué sucede?

—Parece que la cabeza se le cae.

—¿La tiene floja? ¡Eso es malo!

—Yo no sé lo que le diga. Peor sería que la tuviese dura.

—¿Usted entenderá de esto?

—¡Vamos, hombre!—exclama uno del corrillo—. ¡Denle vuelta de una vez al pobre hombre!

—«Piano, piano, si va lontano.»

—Lontano... ¿Adónde? ¿Al otro mundo?

Pero en esto interviene otro, que dice:

—Aquí no vemos más que disparates. Esta gente no ha leído ni las recetas de los almanques. Hay que hacer la respiración artificial. Lo primero, tirarle de la lengua.

—¡Pruebe, a ver!—contesta el que antes lo intentaba—. ¡Si usted le abre la boca, yo le pago cinco pesos!

—Pero entonces ese hombre ha fallecido.

—Yo no sé. ¡Si usted le abre la boca, yo le pago cinco pesos!

—¿Ayudan o no?—pregunta un poco indignado el que está sosteniendo la cabeza.

Y así se desarrolla la discusión entre aquel elemento espontáneo hasta que llegan los de la Asistencia Pública, seguidos de dos o tres milicos de la policía marítima. Entonces cambia repentinamente el aspecto episódico del espectáculo, porque los milicos abren cancha, los espontáneos se reincorporan a la muchedumbre y los practicantes de la Asistencia, sin pronunciar sino palabras sacramentales, se arremangan los brazos, arriman la camilla, abren la valija del instrumental y se disponen a darle el «pulmotor». Los practicantes operan resueltamente, sin consultas ni consideraciones de ninguna clase. De vez en cuando uno dice:

—El algodón.

—Las pinzas.

—Alcanfor.

—¿Trajo inyecciones?

—Haga succión.

—Dele bomba.

—El diafragma.

—¿Sale agua?

El público, al principio, contempla absorto la maniobra. Nadie pestaflea siquiera. Después, aquí y allá, tímidamente, el silencio se va viendo interrumpido por algún leve rumor. Son apreciaciones sueltas que, poco a poco, se generalizan. Uno exclama:

—¿Lo ven ahora? ¿Qué les dije? Ya lo tienen boca abajo al individuo.

A lo que otro sale contestando:

—¡Pues está claro, señor! ¡Estaba visto!

—Y le han sacado la lengua.

—¡Era lo que yo decía!

—Sin andarse con apuestas de boliche.

—¡Por supuesto! ¡El que sabe, sabe, amigo!

Interviene una voz de mujer:

—¿A usted qué se le figura? ¿Estará muerto el ahogado?



Es delicioso
Es eficaz

—Si está ahogado, me figuro que no vive.

—Es un modo de decir. Usted, ¿qué cree?

—Yo creo que reacciona.

—¡Dios le oiga y la Virgen Santísima!

La persona que ahora ha intervenido es una buena señora que se hallaba a la sombra de su carpa tejiendo un gabancito para su nieto, un gabancito que conserva entre las manos, porque así salió corriendo al producirse la revolución. Enseguida le dice a su marido:

—Yo no puedo con este espectáculo. Esos tipos de la túnica siempre son los mismos cafres. ¡Fíjate cómo sacuden al pobrecito!

—¿Y qué quieres que le hagan? ¿Quieres que le den bombones?

—Bombones, no digo yo; pero bien podrían tratarlo con un poquito de consideración.

—¿Y si luego se les muere?

—Yo creo que si ya no ha muerto, acabarán por matarlo.

—¡No me canses con esas bobadas! Hay que creer que estos hombres deben saber lo que están haciendo.

—¿Te parece?

—Andan en eso toda la vida.

—Toda la vida maltratando al prójimo.

—Esas son vulgaridades. Si el accidentado vive, no hay más remedio que sacudirlo para que le salga el agua.

—¿Más de la que le ha salido? ¡Ave María! Esos cafres se figuran que el pobre hombre se ha tragado el mar.

—Se ha tragado lo bastante para ahogarse.

—¿Tú crees que estará ahogado?

—Por ahora, no respira.

—Pero entonces, ¿por qué siguen maltratándolo? ¿Por qué?

—Yo no sé. De todos modos, si el tipo ha muerto, puedes tener la seguridad de que se le importa un pito de todo lo que le hagan.

—A él, sí; pero ¿y nosotros?

—Nosotros nos podemos marchar de aquí si preferimos oír la radio.

—¡Por Dios, Patricio! Me da horror que hables así. Estás perdido, como todo el mundo. Antiguamente, siquiera, la gente respetaba a los difuntos; ahora no respeta nada.

—Bueno; vámonos de aquí.

—¡Ah, no! Yo quiero ver lo que pasa.

—Pues entonces, no protestes.

—¡Protesto y veo lo que pasa!

Sin embargo, la señora no lo ve en toda la amplitud del melodrama. Lo que pasa, por regla general, es que los funcionarios de la Asistencia Pública recogen los chirimbolos de su instrumental, colocan al nadador en la camilla, lo cubren con un lienzo, lo mandan al camión de la ambulancia y entre la muchedumbre de la playa queda flotando una incógnita que no se despejará hasta que la noticia del desenlace aparezca en los diarios de la mañana. La esposa de don Patricio exclamará:

—Total: que los diarios se ponen las botas.



No sé si habrá escasez de alguna cosa en Hollywood, pero de restaurantes de todas clases, estoy segura que no. A poco pasos, a lo largo de los bulevares, en todas las esquinas que se prestan, abre sus puertas tentadoras un establecimiento de esa índole, sin contar los que dentro de las eclécticas farmacias y de las tiendas de ropa sirven toda clase de menudencias alimenticias.

Con frecuencia nos podemos servir alimentos tan baratos, que sentimos vergüenza al pagarlos; otras veces, en cambio, los pagamos con tal exceso, que la cuenta parece incluir todas las sonrisas de los servidores.

El *lunch* más caro que he pagado en mi vida fué servido graciosamente en el *comedor* más *chic* de Hollywood: «The Vendome Cafe», instalado por caballeros de empresa, en pleno corazón de la urbe, en Sunset Boulevard, casi enfrente

Ahora bien: se puede elgir. El restaurante Brown Derby, en Beverly Hills; el Aguila Rusa, el Sandi's, el Ambassador Garden, el Al Levis Tavern, etc.

En estos modernos establecimientos, ricamente instalados, se dan cita por teléfono casi todas las mujeres notables de Hollywood. ¡Cuántas reuniones en esas noches de moda! ¡Qué Babel de ruidos! ¡Cuántas repeticiones, cuántas sonrisas, órdenes, exclamaciones y saludos!... Mientras, los propietarios, desde sus sitaliales estratégicos, vigilan, saludan, disponen y complacen a los más exigentes.

Visitemos, pues, restaurantes. En ninguno de ellos, con excepción del Coconut Grove, encontraremos personas vestidas de etiqueta, como sucede en el Roosevelt Hotel durante ciertas noches. Los mejores de estos establecimientos se hallan cercanos entre sí, donde se cruzan el Boulevard de Hollywood y Vine Street y en otras direcciones hacia Los Angeles. Frente casi al Brown Derby está Al Levi's Tavern, de pronunciado estilo alemán, con un propietario que se ha dignado firmarme un menú, informándome de que él ha sido el inventor de los cocteles de langosta, de ostras y de camarones, o sea de una salsa especial para zambullir en ella trocitos de esos mariscos. Es ya hombre respetable por la edad.

En cuanto al estilo, digamos que se trata de un Munich —cum Heidelberg—cum California, lo cual lo explica todo si el lector posee un poco de imaginación.

Al lado mismo se halla el Aguila Rusa, decorado regiamente e iluminado con discretas luces, sirviéndose raciones de carne de carnero en la punta de largas bayonetas; detalle crudo y pintoresco que complace a ciertos clientes aficionados a la novedad y al *romance* gastronómico...

Podemos beber vodka y paladear rico caviar, además de la carne de carnero ensartada en las bayonetas, y la admirable orquesta es nada menos que la del general Lodijensky—Lodi, como le llaman sus íntimos, por abreviar—, un ex miembro del Estado Mayor del último zar de todas las Rusias, diplomático y persona en extremo mundana y simpática.



anunciamos el New Corton Club, de Frank Sebastian, un restaurante tan «exclusivo», que se recomienda a los buenos clientes no perturbar aquellos salones ni molestar al excelente servicio, trayendo consigo invitados que hayan ya bebido con exceso. Además, en tipos bien destacados, se puede leer esta advertencia: «Nos reservamos el derecho de rehusar cualquier servicio que se nos pida.»

Laurel y Hardy son buenos clientes. Tom Mix confiesa que sus variedades y sus condimentos son los mejores conocidos.

Todo el mundo conoce—o deberá conocer—el más viejo restaurante de Hollywood, Musso y Frank Grill, situado en el Boulevard equidistante de las calles Highland Avenue y Vine Street. Se fundó en 1919, y es el decano de todos. En cuanto a los restaurantes de los «studios», son concurrísimos, naturalmente. El más lujoso de todos es el café París.

HOLLYWOOD, NUTRITIVO

Por MARGARET CHUTE

Cómo se come en la camaleónica ciudad. Los grandes restaurantes, su clientela y los platos preferidos por algunos ases de la Pantalla

al Athletic Club, de blanca fachada. Eramos tres, y todo lo que consumimos fueron dos sencillas porciones por cabeza, tres vasos de refresco, una copa de vino blanco (de California, sin asomo de duda) y dos copitas de licor. La adición, en libras esterlinas, sumaba cinco, con la advertencia de que cada libra se podía pagar con cinco dólares.

Pagué sin murmurar, procurando que mi sistema nervioso no se alterase, pues resultaría doblemente lamentable hacer una mala digestión con unos alimentos tan caros.

Pero... esos precios se *comprenden*. Nos hallábamos cerca de la mesa ocupada por Miriam Hopkins, de faz radiante y luciendo su blanco pijama, como de costumbre, mostrándose llena de vivacidad y arreglándoselas graciosamente para mantener la atención de cuatro atractivos ejemplares del sexo opuesto, con los que charlaba con animación y volubilidad.

En otro extremo del recinto veíase a Wallace Beery, gustando un buen almuerzo; a Clark Gable con su esposa, participando de una larga mesa en que parece se celebraba un banquete; a Ginger Rogers, Carole Lombard, Janet Gaynor, Sally Eilers, Madge Evans y otras grandes figuras de la pantalla; y, de vez en cuando, se podía escuchar una cantarina voz de mujer que pedía: «Para mí, una ensalada, copa Melva y tostadas, y dese prisa, por favor.»

De modo que, ante esos frecuentes espectáculos, se ha de considerar que se paga por ver y por hallarse entre tan artística concurrencia, no por lo que en sí valgan los alimentos.

Todos los miércoles, en la noche, se celebran festivales, y vívase en un palacio regio o bien en un simple *bungalow*, habrá que asistir a uno de ellos, porque, de lo contrario, se carecería de grata compañía.

El jardín se halla adornado con palmeras, y lo mismo en el salón que al aire libre, bajo las suaves y discretas luces cernidas por las artísticas pantallas, se suelen congregarse los más famosos y hermosos semblantes del mundo, noche tras noche. Marlene Dietrich gusta de sentarse a sus mesas; le agrada la cocina rusa y la música de sus orquestas, sobre todo, y el general Lodi sabe perfectamente cómo ha de tratarla, con cierta deferencia indiferente, por así decirlo... Mauricio Chevalier es aficionado al Aguila Rusa, y son clientes asiduos Kay Francis, Francis Lederer e Iván Lebedeff. Greta Garbo, la siempre retraída, se la ha visto medio disfrazada, usando lentes ahumados y un sombrero hundido hasta las orejas, según se ha murmurado. Gloria Swanson, por su parte, confiesa que no se come en toda América como en el Aguila Rusa, y, por cierto, que sus precios son bastante moderados.

A unos trescientos metros de distancia, en un recodo del Boulevard Hollywood, se halla el restaurante Sardi's, recientemente abierto por un conocedor del oficio. Eddie Branstatter, ex dueño del Café Montmartre, uno de los más «exclusivos» de la ciudad. Eddie conoce a las «estrellas» y sabe lo que les gusta morder con sus dienteitos. Joan Crawford sólo necesita atravesar por delante del escritorio-caja cuando ya alguien corre hacia la cocina con una orden—vía Eddie—de pollo cocinado con crema y *paprika*.

Cuando Pola Negri era la reina de los «studios», monsieur Branstatter ideó un rico *sandwich* de pavo, queso y jalea roja en pan de centeno, el que fué bautizado *Negri-Sandwich*. Todavía se le puede pedir, aunque, en la actualidad, es probable que se llame *Mae West-Sandwich*.

El restaurante Sardi's está decorado muy a la moderna y adornado con graciosas caricaturas de los dibujantes Berman y Joe Grant, que penden de las paredes y atraen la atención, incluso provocando carcajadas de admiración. Nada menos que cuarenta y cuatro caricaturas se han distribuido por las paredes, cerca de las mesas más frecuentadas. La más notable es la que representa a Will Rogers; la de Joan Crawford es sencillamente maravillosa de interpretación cómica, y la de *Connie* (Constante Bennett) es otro primor de humorismo gráfico.

La primera vez que almorcé en el verde-cromo-plateado salón de las luces ocultas, descubrí a Joan Crawford sentada frente a frente de su caricatura, el acertado dibujo de Joe Grant.

El Coconut Grove forma parte del Ambassador Hotel, que se encuentra entre Los Angeles y Hollywood, emplazado en un vasto jardín que linda con una amplia calle llamada Wilshire Boulevard. Es uno de los lugares preferidos por las «estrellas» por su esplendor y por lo delicado y *chic* de todos sus servicios culinarios, así como por sus vinos y licores. Lo visitan Carl Brisson, Mae West, Otto Kruger, Jack Oakie y otras figuras de la pantalla.

Saltemos ahora al restaurante Perino's, en mi opinión, el más europeo de todos los establecimientos de su clase. Se sirven excelentes cocteles. Lo visitan muchos astros. Luego

en Movietone City, vale decir, en los estudios de la Fox. Sus paredes aparecen pintadas con paisajes de varios países, y algunas de las «estrellas» de la Fox se ven retratadas muy artísticamente. Warner Buxter se ve allí, sentado a su mesa del almuerzo, bajo la palabra «Madrid», y vestido tal como se luce en la cinta «Cisco Kid». Madeleine Carroll se muestra en una escena de «El mundo da vueltas».

En los «studios» de la Metro-Goldwin-Mayer se extiende otra enorme *comisaría* (nadie llama en California de otro modo a esos inmensos restaurantes que alimentan diariamente a algunos miles de personas), y son muchas las artistas que se hacen servir allí sus comidas y reciben en su mesa al periodista de turno a quien han concedido la inevitable entrevista.

La Paramount también posee extensos comedores, así como la Warner Brothers-First National. La Universal tiene un café abierto al público, y así otras empresas.

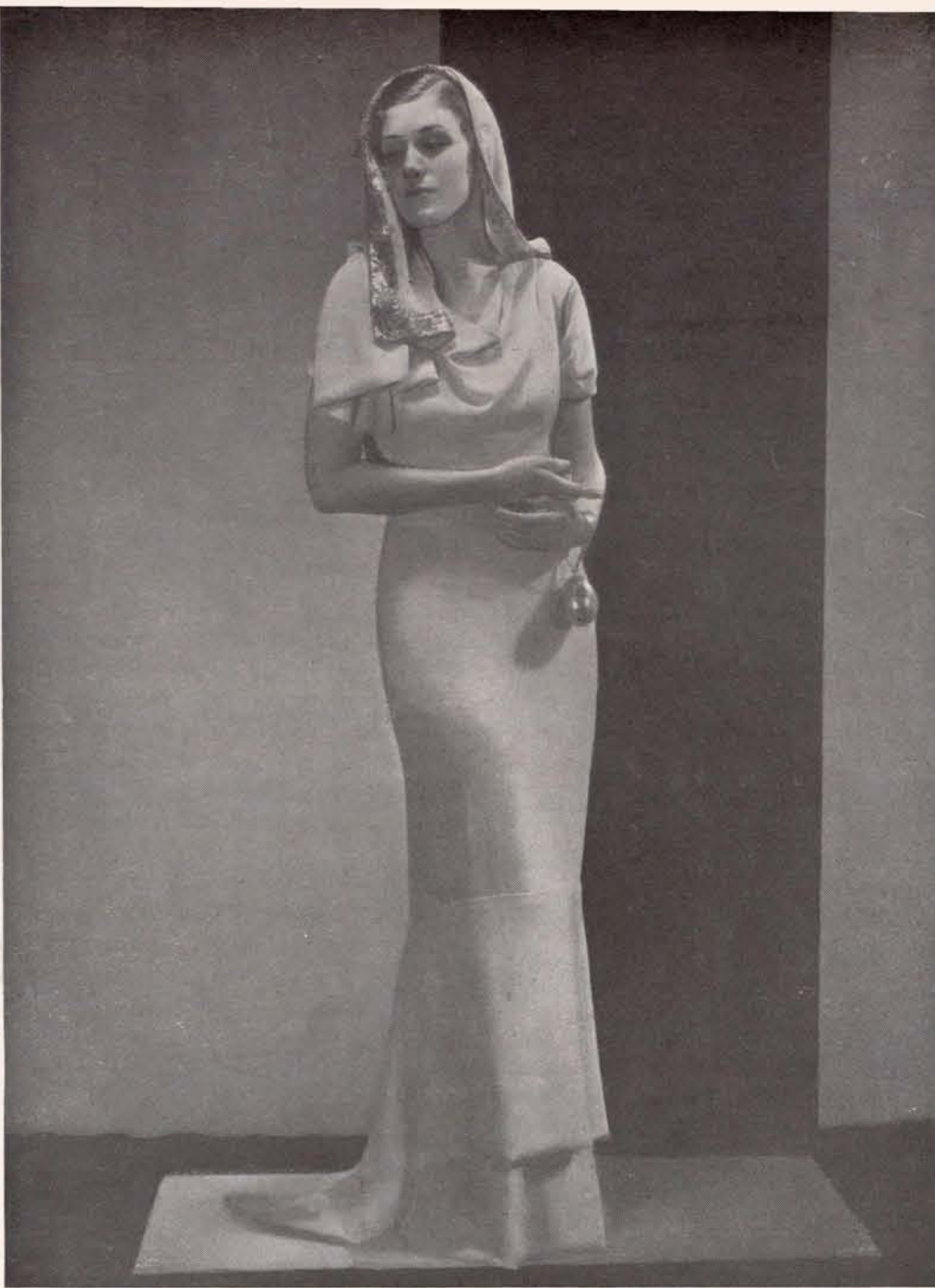
Mencionaré, por último, el que pudiéramos llamar Café de la Orilla, instalado en la playa, a pocos metros del Océano Pacífico, del cual es propietaria y directora Thelma Todd, exquisita y blonda «estrella» de la pantalla. Thelma posee un temperamento enérgico y activo; gusta de sentarse al volante y de recorrer sobre treinta y cinco kilómetros todos los días para visitar su café, cuando no está ocupada en los «studios», y alguna vez la he visto tras de la caja, muy ocupada en cobrar adiciones...

Conozco todos los restaurantes de Hollywood, de día y de noche, y los hay muy buenos, como ya he citado; pero, a veces, yo prefiero, después de un largo paseo en automóvil, arribar a cualquiera de esas alejadas *Sandwicherías*, pedir un par de *especiales* y una taza de café y comerlos al aire libre, entre sorbo y sorbo, bajo el benigno sol californiano.





Vestido estampado negro sobre blanco, con blusa hecha enteramente de bandas azules visbun-azul pálido, para la noche. Creación Schiaparelli.



Vestido de crepe Ranée, de color de melocotón encendido, comprendiendo el "hiram", especie de echarpe para la cabeza. Creación Schiaparelli.

La suntuosidad de los vestidos de noche

Por MADELEINE MILLET

Estoy segura, querida lectora, de causaros verdadero placer al hablar de los vestidos de noche. Hoy sólo quiero indicaros algunas generalidades, pero si lo deseáis, volveremos otro día sobre este mismo motivo.

En primer lugar, os diré que estos vestidos están tratados de la manera más ecléctica. Lisos y ceñidos, suaves y crujientes, tienen un aire y una gracia maravillosa. Por la noche, las mujeres vuelven a encontrar su reino; hacen todo lo que está en su poder para aparecer muy bellas y la más hombruna de entre ellas sabe en esos momentos volver a ser muy mujer. Cada una se esfuerza por ser fiel a su personalidad, aun llevando un modelo de éxito cuya elección no es fácil. Recorred todas nuestras grandes casas de costura; ninguna se parece, pero cada una, al mismo tiempo que afirma con esplendor su personalidad, compone su colección de manera que pueda adaptarse a varios tipos de mujer.

Una de las siluetas más acentuadas de la moda actual es la que presenta la falda amplia, el talle fino, los hombros desnudos. Si queréis saber mi gusto personal, me encanta la amplitud, la amplitud máxima, que acentúa la flexibilidad. ¡Y hay tantas maneras de distribuir el vuelo! Repartida en un tejido fuerte, falla o raso fuerte o en un tejido ligero, tul o muselina, tiene, en verdad, una gran elegancia y gran estilo.

Los vestidos estrechos ofrecen igualmente una silueta encantadora; envolventes y ceñidos por completo el cuerpo, ajustados por los tobillos y dejando arrastrar una minúscula cola; maravillosos de forma, parecen estar hechos para realzar un cuerpo hermoso.

Se ven también vestidos ceñidos hasta por debajo de las caderas, desde donde parte el vuelo, lo que da un gran "chic" a la silueta.

Como ya indiqué a principios de la temporada, estamos en el reino del tafetá: lo que deja de ser moda vuelve a la moda al cabo de un tiempo más o menos largo, sin volver en las mismas condiciones de antaño. Podremos adornarnos con esos vestidos que crujen a cada paso, en tafetá liso o, mejor aún, en tafetá tornasolado, de colores cambiantes, suaves o atrevidos. Extendido por abajo, se convierte en bullones de reflejos luminosos, en graciosos volantes alrededor del descote y de las sisas. El bajo del busto es, por el contrario, ajustado, marcando la esbeltez del talle.

Igualmente encontramos de nuevo la gracia romántica de los vestidos de encaje negro o claro, la mayoría de las veces almidonado o sostenido por volantes de tul.

Luego viene el tul, que resulta aún más vaporoso por un fondo de falla muy amplio. Y además:

Los estampados con grandes dibujos realizados con un gusto exquisito sobre fondos de color opuesto, que se prestarán para lindos vestidos estivales de noche.

Las sedas estampadas, sobrecortadas de lentejuelas de mica transparente.

Los tejidos ligeros bordados en perlas.

Los lamés lisos, en plata y oro.

Los rasos mezclados con hilos de cristal o de metal.

La muselina blanca y la muselina negra, y también de un delicioso color ámbar dorado, preferida por un gran modisto famoso.

El voile, flúido. La gasa, mate. Las lentejuelas, nacaradas. Las lentejuelas de azabache.

Dos palabras sobre las mangas: serán a gusto de cada una: enormes o pequeñísimas.

Amplias, bajando a veces hasta el puño, o inmensas guarniciones de mangas partiendo de debajo del hombro para acabar debajo del codo.

¡Qué variedad, señoras mías! Todo reina revuelto en la actualidad. Esta moda es pintoresca y bonita, que cada una puede las ramas locas.

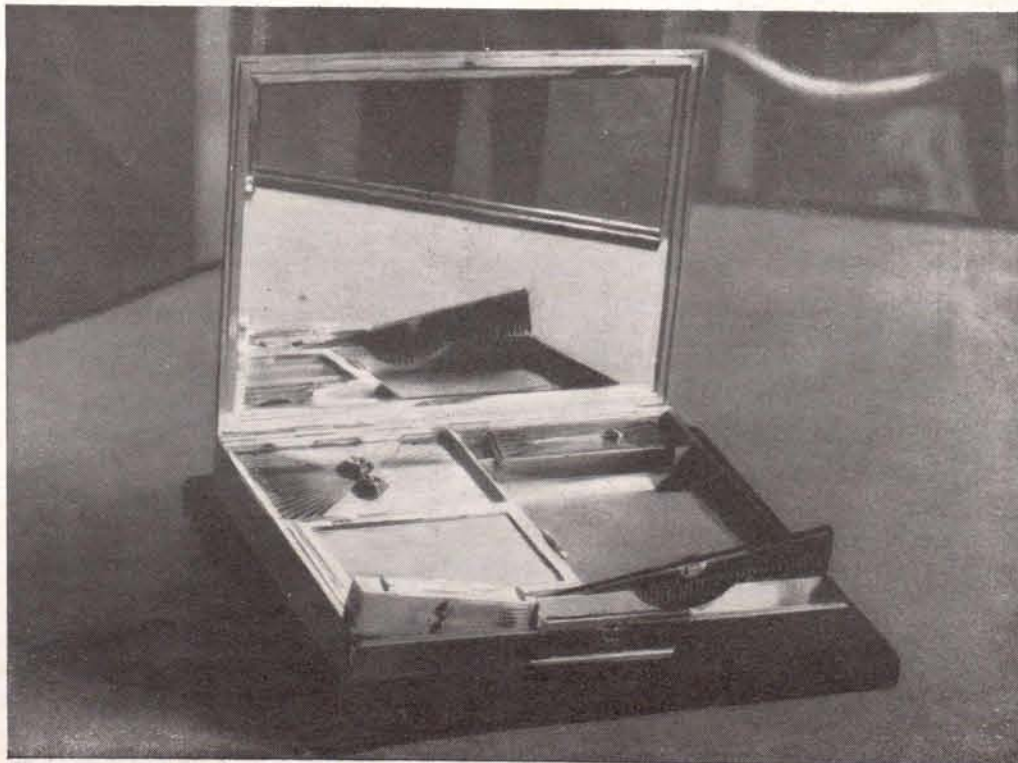
Los dos modelos presentados os gustarán con seguridad.

Uno de ellos presenta el "hiram" o echarpe de cabeza, que hace juego con muchos vestidos de noche. Es un verdadero hallazgo. No es solamente lindísimo y favorecedor, sino también extremadamente práctico. La influencia india es innegable en esta creación: la echarpe, colocada sobre los cabellos, está bordada con un bordado de oro o de color o con un galón de perlas. Cuando no cubra la cabeza, se enrollará al cuello o drapará elegantemente las espaldas o bien caerá como una cola.

Con toda seguridad os habréis fijado también en la pulsera original que lleva el mismo modelo. Y como estaríais muy intrigadas si no os hablase de ella, por lo mismo voy a satisfacer al instante vuestra curiosidad: esta pulsera lleva como colgante un huevo enorme de oro, que hace las veces de polvera... ¿Verdad que es una idea original y práctica?

Son dos creaciones que habrá que recordar...

Y he aquí, para reemplazar el bolso de noche, la nueva "minaudière" para 1935, verdadera joya para colocar encima de un mesa de restaurante o de "bridge". Está formada por una infinidad de tableros de laca engarzados en una montura de oro y piedras preciosas. Encierra todo lo necesario para vuestra belleza: colorete compacto, polvos, peine, cigarrillos, encendedor y un gran hueco para el pañuelo, las llaves, los impertinentes. Y, en fin, ¡qué alegría encontrar un verdadero espejo de grandes dimensiones, que permite poderse ver en conjunto!



La nueva "minaudière" para 1935.

Creación Van Cleef Arpels.

EL MUNDO EN LA MIRADA

La Casa-Escuela para sordomudos

por MANUEL ABRIL

ESPECIAL PARA "CIUDAD"

Un hombre vehemente; una obra humanitaria. Y a más de humanitaria, original y fecunda. La condición primera de esta obra, quizá la más difícil y más honda, el secreto de su fecundidad, depende acaso de que es sencillamente—y tan sencillamente!—una obra de sentido común.

¡Gran lema de combate para toda una acción social de regeneración del hombre, ya en el arte, ya en la vida pública, ya casi incluso en la ciudad: el sentido común!...

Sería cosa, por lo pronto, de ir definiendo un poco lo que se entiende por sentido común, y formar un bello repertorio de paradojas, en donde resultara que se llega a lo más complejo por lo más simple; a lo más difícil por lo más fácil.

Pero vamos al hecho. Un hombre de vehementemente generosidad: Gabriel García Maroto, uno de los pocos Quijotes que andan por el mundo, ha fundado lo que él llama la Casa-Escuela del Sordomundo. Este hombre, que se ha dedicado durante años y años a pintar y a fundar escuelas de arte, ha ido derivando cada vez más sus atenciones y su actividad hacia un fomento y un alumbramiento de los mejores veneros humanos; a Maroto le ha atraído y le ha apasionado—este hombre se ha de mover siempre en pleno apasionamiento—la tarea de ir buscando los impulsos más vivos e íntimos de los niños sordomudos, y va creando una experiencia minuciosa, a fin de conseguir el encuentro de los manantiales ocultos, lo mismo que van por los terrenos los especialistas semicientíficos y semitaumaturgos de los pozos artesianos buscando con la varita exploradora los lugares que ocultan una veta de agua subterránea. Para ello ha fundado en una casita cercana al Paseo de Ronda la Casa-Escuela del Sordomundo.

El sentido común sirve de inspiración a Maroto; el sistema para ir haciendo brotar esos impulsos íntimos acaso sirva de aplicación, no solamente a los sordomudos, sino a toda clase de niños.

El rótulo mismo de la obra: «Casa-Escuela», nos indica el propósito de que encuentren los niños en la escuela más bien una casa propia, un hogar, que un centro de esos que se llaman de enseñanza. La casa representa, o debe representar, para el niño calor, familiaridad y diversión; la casa es el lugar donde se ha de encontrar el ser humano en su centro y a gusto; no estar en la escuela

como en casa extraña, sino estarlo como en casa propia. Pasarlo bien, por lo tanto.

Decía Gedeón que las obras de teatro debían representarse en los entreactos; lo decía porque había venido observando que en los entreactos era cuando la gente se divertía de verdad, y no cuando el telón se levantaba. La sabiduría gedeónica es más profunda de lo que parece; aplicada a la Pedagogía, podríamos decir que el secreto de la enseñanza, por lo menos de la enseñanza del niño, radica en dar las clases a la hora del recreo. Que la clase constituya para el chico uno de los recreos más atractivos, y la naturaleza obrará por sí misma.

Pero ¿cómo conseguirlo? En el *ex libris* o sello que sirve como de lema a la Casa-Escuela del Sordomundo aparece, ante todo, el título de la obra: «Imagen», y además, un ojo de gran tamaño entre una porción de objetos de la vida: un globo, un pez, un árbol. En los prospectos y folletos de divulgación que ha hecho Maroto se encuentran igualmente con reiterada frecuencia las palabras de «mirar y ver». Para Maroto ha de entrar la sabiduría por los ojos.

Es realmente el camino normal de todo conocimiento, y ha de llegarse, en efecto, a la mente por las canalizaciones de los sentidos. Para toda criatura humana rige esta ley, que no será para el sordomudo, para esa criatura que tiene tupidas las canalizaciones normales del oído, y tiene que suplir con los ojos lo que los demás conocemos escuchando.

¿Cómo llegar a decir a la criatura que no oye que hay unas palabras, unos términos sonoros que equivalen a la serie de cosas de que el mundo visual está lleno? ¿Cómo hacerle comprender que llamamos pez al pez, y que la palabra escrita corresponde, por un lado, al animalillo acuático, y, por otro, a una sílaba sonora, a una determinada contracción de los labios y de la laringe, de que el sordomudo no tiene la menor idea?

La palabra es elemento que nosotros tenemos para expresarnos en la vida y para comunicarnos en ella. La palabra, sin embargo, no puede ser el medio de comunicación del sordomudo. Hay en ello un inconveniente, pero también hay una ventaja. La palabra hablada nos ofrece evidentemente un medio



de comunicación aisladísimo, pero también nos ofrece un peligro: el de que vaya desapareciendo para nosotros poco a poco la cosa nombrada, y se nos vaya quedando sólo en el espíritu la etiqueta, el nombre, el rótulo. Cuando yo digo «pez», no veo al pez; cuando mi interlocutor oye que le digo «pez», no ve tampoco al pez. Como nos entendemos uno y otro con sólo nombrar el pez, prescindimos de ver al pez y de imaginarnos al pez. Va,

la del molino tiene que llegar, ante todo, el trigo corpóreo y real: el auténtico trigo de allá fuera, de los campos. Somos las criaturas auténticos molinos vivientes. El aspaviento exterior tiene que corresponder a la interna elaboración de toda la cosecha recogida por los sentidos, bien abiertos y en su punto.

Para el sordomudo se ha de imponer este camino doblemente; pero nos importa hacer ver que este modo de tratar al sordomudo no es una manera especial de tratar a un desgraciado con métodos especiales y exclusivos de desgracia y atentos a su desgracia, sino que se trata de aplicar al sordomudo el método humano, el que debiera aplicarse a todos los hombres en general y, con doble razón, al sordomudo. Quiere decirse con esto que trata Maroto de aplicar al sordomudo lo que los pedagogos debieran aplicar de una manera o de otra a todos los hijos del hombre; y que si el sordomudo llega, efectivamente, a encontrar en la Casa-Escuela la formación que su fundador desea, resultará que el sordomudo habrá recibido allí no solamente una educación pertinente al sordomudo, sino la educación pertinente a cualquiera que no sea sordomudo.

El sordomudo habrá encontrado, pues, una ventaja en su sordomudez, pues gracias a ella habrá ido poblándose su espíritu de imágenes e imágenes, habrá ido encontrando en la casa una escuela, en la escuela una casa en donde se le ha ido enseñando, sobre todo y ante todo, los dos movimientos contrarios, pero complementarios, que más influyen en la felicidad de la vida: el de percibir y el de crear.

Debiera ocurrir todo lo contrario. ¿Qué sería del hombre que se paseara por un planeta en donde se encontraran letreros y solamente letreros; letreros que dijeran: «Aquí había unos álamos», «Aquí había un río», «Por encima de este campo había un cielo, y por él volaba un avión»? Todo el mundo «sabría» lo que había contenido aquel mundo, pero no tendría de él el conocimiento directo de la imagen. Y eso no es vivir. Eso equivale a desangrarse. El mundo se nos ha de representar en imagen, nos ha de impresionar, ha de entrarnos por los ojos, por los oídos, por el tacto, y una vez que ha entrado así ha de pasar allá dentro por las elaboraciones que quieran. ¡Allá el pedagogo luego procure que todos los tipos de esa elaboración sean justos y cabales! Pero a la mue-

Trata Maroto, no ya de instruir a los alumnos, haciéndoles que se habitúen a las contracciones necesarias para expeler palabras, o a la percepción necesaria para comprender que el vocablo escrito tiene una significación conceptual, sino que procura ante todo, primero, que el alumno vaya «viendo» una cosa y otra y otra, ya en el natural, ya dibujada, y que después el alumno dibuje por sí mismo lo que ha visto. Con esto se producen esos dos movimientos encontrados de que habla-

